

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

SIMPLEMENTE, BUDOKA

SIMPLEMENTE, BUDOKA

Kiai Nº 16

Autor: Carrigan, Lou
ISBN: 9788402049520

SIMPLEMENTE, BUDOKA

LOU CARRIGAN

Colección KIAI n.° 16
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERÁ, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 46.678 — 1976
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: enero, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

SHI MI

PARA llegar hasta allí, había que viajar a caballo, o, simplemente, a pie. Todo ello, naturalmente, sin contar con el helicóptero pero este aparato era poco probable que se viese perturbando la paz de las altas montañas del Tíbet.

El viajero, de aspecto modesto, no parecía, por otra parte, tener la menor probabilidad de conseguir un helicóptero. En cambio, había conseguido un caballo aceptablemente bueno, que caminaba sin grandes dificultades sobre la nieve. Soplaba un viento gélido. Al fondo, muy lejos pero aparentemente muy cerca, se veían las enormes montañas cubiertas de nieve perpetua… El viajero, sin duda alguna, debía tener frío, pero en sus facciones asiáticas no había la menor expresión que lo delatase. Por el contrario, había en sus negros ojos una expresión de gozo, casi de éxtasis, cuando miraba la nieve, cuando el helado viento azotaba su rostro. Parecía capaz de seguir cabalgando hasta el fin del mundo…, o, cuando menos, hasta el Techo del Mundo, hasta el más alto punto de las altísimas montañas tibetanas.

Lhasa, la capital del Tíbet, había quedado atrás hacía ya horas. Y cada vez, parecía mucho más lejana, como si jamás hubiese existido. Como si allí, en aquel lugar sólo existiese el cielo, las montañas y la nieve.

Pero, generalmente, todo viaje tiene su fin, y el jinete llegó al término del suyo.

Lo supo cuando vio al hombre solitario. Una figura diminuta en la sobrecogedora grandiosidad del paisaje. El solitario estaba sentado sobre la delgada capa de nieve, sin más protección que una larga túnica de color azafrán. El viento movía sus largos cabellos negros y lisos, y agitaba sus ropas. Muy cerca tenía una cabaña, que parecía bastante confortable, pero, evidentemente, el solitario prefería el aire libre, el viento helado, o quizá la apenas tibia caricia del sol de la tarde que caía casi paralelo a la nieve.

El jinete se detuvo, y se quedó mirando al hombre solitario que, de no haber sido por su cabellera larga y lustrosa, habría parecido un

monje. Desde allí lo veía ahora perfectamente. Se captaba su buena estatura, sus anchos hombros, sus largas piernas ocultas por la túnica, cruzadas con descansada naturalidad. Sus descalzos pies parecían de barro cocido, como sus manos, grandes y bellas, nervudas, largos los dedos, bien cuidadas las uñas. Las manos descansaban reposadamente, como inertes sobre las rodillas, y eran lo primero que producía la impresión de que el solitario era una estatua.

Su rostro era hermoso, de rasgos casi delicados. La boca era grande, delgada. La barbilla era recia. Había en su rostro una expresión de paz total, inaudita. El viajero, contemplando aquel rostro, pensó que nunca había visto un tibetano de facciones tan correctas, tan armoniosas… Y cuando el solitario abrió los ojos, grandes, negros como lo más negro, el rostro bronceado de sol tibio y de nieve, pareció llenarse de luz. Unos ojos que enfocaron apaciblemente al jinete que, a quince o veinte metros, esperaba.

—¿Eres Shi Mi? —preguntó en tibetano el jinete (1).

(1) Shi Mi, significa Gato, en tibetano.

El solitario de la túnica asintió con la cabeza. Entonces, el jinete desmontó, se acercó a él, sacó un arrugado sobre de bajo sus muchas ropas y pieles, y se lo tendió.

El llamado Shi Mi tomó el sobre, lo rasgó cuidadosamente, y extrajo la hoja que contenía. Había unas pocas palabras, escritas en inglés, en aquella hoja:

«¿Podrías acudir al Malasia Hotel, de Singapur, cuando termines tu meditación anual?» Recibe todo mi afecto.»

La firma era una estrella negra, de seis puntas, con unos orificios en blanco que señalaban los ojos y la boca. Unos ojos oblicuos, de gesto irritado.' Una boca con las comisuras caídas, en un gesto entre amargo y hostil. La estrella símbolo de Kuro Arashi, es decir, Negra Tempestad en japonés. Una Negra Tempestad que, desde una casa cercana a Tokio, dirigía el hombre que los mejores y más puros budokas del mundo conocían simplemente como Sensei, es decir, El Maestro. Una tempestad siempre presta a caer sobre todo aquel que atentase contra los derechos humanos en mayor o menor escala…

Shi Mi alzó la mirada hacia el fatigado y helado viajero.

—Has viajado mucho —sonó su armoniosa voz—. ¿Me aceptarías té y fuego?

El viajero asintió, y Shi Mi se puso en pie. El viajero se quedó pasmado al comprobar que era más alto de lo que parecía. Por lo

menos debía medir metro ochenta. Era una figura que irradiaba paz y sosiego; y al mismo tiempo, una fuerza tranquila, un vigor en sorprendente reposo. Observarlo, era como observar una gruesa caña de bambú que se mecía ante el viento…, pero que éste jamás podría romper; sólo mover, hacerla oscilar, ceder convenientemente ante su potencia. El viajero miraba cada vez más abiertos los ojos al hombre llamado Shi Mi, al que jamás había visto antes, pero del que tanto había oído hablar a compañeros que habían viajado por el mundo. Para el viajero, contemplar a Shi Mi era como contemplar a un ser de otro planeta, del que nunca se podía prever reacción alguna.

—Tu caballo también ha viajado mucho —dijo Shi Mi.

El viajero comprendió. Regresó en busca de su caballo, y lo llevó de las bridas hacia la casa. No vaciló en introducir en ésta al animal. Dentro de la casa, a un lado, había otro caballo, que volvió la cabeza y contempló a su congénere con indiferencia. Había un alegre fuego en el hogar, y el viajero suspiró de felicidad. Por el momento, el frío había terminado.

Colocó su caballo junto al otro, asegurándose de que tenía comida y agua, y se volvió hacia el centro de la cabaña, que constaba de una sola pieza; todo estaba allí, a la vista, en treinta metros cuadrados. Shi Mi se acercaba a los caballos, sosteniendo la silla de montar, de piel, que colocó sobre su caballo, al parecer sin reparar en la sorprendida mirada de su invitado.

—¿Adónde vas, Shi Mi? —preguntó el invitado.

Shi Mi terminó de ensillar su caballo, en silencio. Luego, metió algunas cosas en una maleta de piel, y fue a colocarla en la parte de atrás de la silla. El invitado murmuró:

—Singapur está muy lejos.

—Por eso quiero iniciar el viaje cuanto antes.

—Sensei no te da ninguna prisa.

—El sabe que no tiene que hacerlo. Mi casa es tu casa.

Lo último que hizo Shi Mi fue quitarse la túnica, y colgarla de un clavo de la pared. Luego, se puso ropas más apropiadas para el largo viaje a caballo, y que habían estado esperando en aquel mismo clavo. Hacía días que había llegado allí. Ahora, se iba. Eso era todo.

—Pronto será de noche —dijo el invitado—. Podrías perderte por las montañas.

Shi Mi lo miró y sonrió. Entonces, el invitado tuvo la sensación de que las montañas nevadas estaban allí, dentro de los ojos negrísimos de Shi Mi. Ahora parecía delgado, corriente. Pero hacía unos pocos segundos, el invitado había visto desnudo al tibetano, había visto aquel cuerpo como forjado en acero; en un bloque de acero en el que se detallaban todos los músculos, planos y tensos. Cada centímetro

cuadrado del cuerpo de Shi Mi era un completo exponente para el estudio de la musculatura humana. Pero ahora, vestido, Shi Mi era un hombre cualquiera, un sencillo tibetano.

—No cierres la puerta de mi casa cuando te vayas —dijo Shi Mi—, mi casa es la casa de todo aquel que la necesite.

—No la cerraré. Gracias por tu hospitalidad.

—Gracias por molestarte tanto en traerme noticias del Maestro.

Shi Mi tomó las riendas de su caballo, y tiró de ellas. Salieron de la casa, al viento helado, a la nieve, a la ya cercana noche. Shi Mi montó, y se alejó, sin darle importancia. Tenía que ir a Singapur, eso era todo. Cuando hubo cabalgado unas decenas de metros, se volvió, y se quedó mirando la cabaña. Allí, en aquel lugar cercano al Techo del Mundo, cada año, él dejaba todos sus sinsabores, los disgustos que le ocasionaban su convivencia con el ser humano, de modo que hacía acopio de buena voluntad para volver a relacionarse con sus semejantes. Cada vez estaba más convencido de que no lo merecían, y quizá, algún día, no volvería; se quedaría allí, en las nevadas montañas, hasta el resto de sus días.

Pero eso, ciertamente, no sería cuando Sensei le pedía que se presentase en el Malasia Hotel, de Singapur.

CAPÍTULO PRIMERO

EL conserje se volvió hacia el hombre recién llegado al hotel, y asintió amablemente.

—En efecto, tenemos su reserva hecha telegráficamente desde Calcuta, señor Lingmar. Le hemos destinado la habitación 24.

—Muchas gracias. ¿Puedo instalarme ya?

—Desde luego. ¿No trae equipaje?

—Sólo esta maleta.

—Bien. El botones le acompañará… ¿Me permite su pasaporte?

El nuevo cliente del Malasia Hotel entregó su pasaporte, y se volvió a mirar al joven botones, que, como el conserje, era chino. Le sonrió y el muchacho, sin darse cuenta siquiera, sonrió también, alegremente; tomó la maleta, y se dirigió hacia las escaleras. El conserje los estuvo mirando, con cierta indiferencia, pese a que había algo… atractivo en el señor Lingmar. Miró el pasaporte, y se dispuso a efectuar el registro: el cliente se llamaba Tang Lingmar, era tibetano y tenía treinta años. Pero, residía en Estados Unidos, Esto era, por el momento, lo único curioso respecto a Tang Lingmar.

Él cual, en aquellos momentos, daba una propina al botones chino, que todavía sonreía.

—¿Desea alguna cosa, señor? —se ofreció.

—No, gracias.

—Espero que su estancia aquí sea grata.

Shi Mi lo miró larga y apaciblemente.

—Mi estancia es siempre grata en todos los sitios. Muchas gracias por tus buenos deseos.

El botones se retiró, y Tang Lingmar, tras unos segundos de reflexión, salió a la pequeña terraza de su habitación. Había estado en Singapur durante dos años, hacía de esto cuatro, exactamente… Todo seguía igual. Incluso aquel sol pesado de invierno; un invierno inexistente en cuanto a clima, por otra parte, ya que Singapur, casi en el ecuador, no conocía el frío. ¡Qué clima, qué ambiente tan diferente al aire puro, frío y estimulante de las altas montañas tibetana?…! Era

como llegar a otro mundo. Desde siete mil metros y rodeado de montañas nevadas, al nivel del mar, rodeado de un denso calor que le parecía sencillamente terrible…

Tan terrible, que Tang Lingmar decidió ducharse. Y por supuesto, lo hizo con agua fría. Es decir, con agua a la temperatura ambiente, o sea que no tenía nada de fría. Luego, se puso unos pantalones blancos, una camisa azul, unas sandalias y salió de nuevo a la terraza. Encendió un cigarrillo, y se quedó mirando hacia el refulgente cielo, haciendo guiños. Le gustaba el sol, por supuesto. Pero no aquel sol que parecía emborronado por la calígine, sino el sol puro y transparente que había en las altas montañas.

Sí. Cualquier día no regresaría al mundo, se quedaría en las montañas nevadas, en su Tíbet. A fin de cuentas, si lo analizaba detenidamente, no había nada que valiese la pena alrededor del Tíbet…

La llamada a la puerta de la habitación llegó tenuemente a sus oídos. Ni le sobresaltó ni le sorprendió. Fue a abrir. Se quedó mirando a la preciosa muchacha china que había en el pasillo, y que le contemplaba con ojos muy abiertos. Era tan joven, tan encantadora, que Shi Mi le ofreció una de sus sonrisas. Tenía la piel como seda, los labios rojos, los ojos como terciopelo negro, el cabello liso y fino, las formas de su hermoso cuerpo delicadas y tiernas. Era tan joven y tan bonita que Tang Lingmar pensó que se podía quedar toda la vida contemplándola.

—¿Shi Mi? —musitó ella, por fin.

—Sí.

Tang Lingmar se apartó, y la muchacha entró, tras mirar a ambos lados del pasillo, lo que hizo gracia al tibetano. Cerró la puerta y continuó recreando sus ojos en la belleza de la muchacha.

—Yo soy Ping Ya —dijo ésta—. Hace días que esperaba tu llegada.

—Me puse en camino hacia Singapur en cuanto recibí el mensaje. Espero haber llegado a tiempo.

—Oh, sí… Lo que ocurre no es cosa que se pueda arreglar en minutos. Ni en días o semanas…, creo.

—¿Y qué es lo que ocurre?

—Mi padre, Tseng Ya, es un viejo amigo del Maestro. Hace días le pidió consejo y ayuda, y el Maestro le dijo que vendría a Singapur un hombre que podría ayudarnos a resolverlo todo: un hombre de raza tibetana llamado Shi Mi. Mi padre me dijo que yo debía recibirte cuando llegases a este hotel.

—Pues ya me has recibido. ¿Quieres sentarte?

Ping Ya se sentó en un sillón, y Shi Mi lo hizo en el borde de la cama. Desde allí, se quedó mirando, siempre con plácida expresión,

las bellísimas piernas de la muchacha.

—¿Qué puede hacer por tu padre este humilde discípulo de Sensei? —murmuró,

—Mi padre necesita la ayuda de un hombre valiente e inteligente.

—El Maestro ha sido muy bondadoso al suponerme a mí esas dos cualidades. ¿Deben estar en la misma proporción? ¿0 deberé ser más valiente que inteligente…, o viceversa?

—Eso lo decidirás tú, según tengo entendido. Pero a mí me parece que sólo la fuerza no servirá de nada. O de muy poco.

—Entiendo. ¿Qué es lo que sucede exactamente?

—Mi padre te lo explicará. ¿Has tenido buen viaje?

—Bueno, gracias —sonrió de nuevo el tibetano—. ¿Tú vives en Singapur?

—Sí. ¿Dónde vives tú?

—En Estados Unidos de América —Tang Lingmar hizo una mueca —. Después de aprender tantas cosas en el Tíbet, cometí la equivocación de instalarme en Estados Unidos.

—¿Por qué eres que fue una equivocación?

—Porque allí no sirve de nada lo que el hombre aprende del hombre y de su naturaleza. Prácticamente de hada. ¿Por qué me miras así?

—Eres muy hermoso —susurró Ping Ya.

—Gracias —casi rio Shi Mi—. Tú también eres muy hermosa… ¿Eres virgen?

Ping Ya se puso en pie, se acercó a él y se sentó en sus rodillas, rodeándole el cuello con los bracitos. Le besó en los labios, lenta y dulcemente, y hubo un suspiro de su pecho cuando notó las caricias del tibetano. Cuando, por fin, separó sus labios de los de él, suspiró de nuevo…

—Siempre supe que conocería algún día un hombre como tú… En cuanto a tu pregunta: ¿por qué no te enteras por ti mismo?

* * *

Hacía sólo unos segundos que había cerrado la noche cuando Shi Mi se volvió hacia Ping Ya y musitó:

—Pronto será la hora.

Ella giró hacia él, lo abrazó y lo besó una vez más.

—Todavía falta una hora, pero será mejor que empecemos a prepararnos para ir adonde te espera mi padre. Nunca te olvidaré.

—Nunca, es mucho tiempo. Y la vida es muy larga, Ping Ya. Mucho más larga que el amor por otra persona. De todos modos,

gracias por haberme recibido tan bien a mi llegada a Singapur.

Ella rio y volvió a besarlo. Luego, riendo de nuevo, saltó de la cama y se deslizó hacia el cuarto de baño.

—¿No vienes? —invitó—. ¡Es bueno quitarse a esta hora todo el calor del día!

Casi media hora más tarde, los dos salían del Malasia Hotel. El conserje los vio, y los miró con cierta intención, pero eso fue todo. Ya en la calle, Ping Ya llamó un taxi, y una vez instalados ambos en él, ordenó al chófer chino:

—A Keppel, al puerto. ¿Hablas chino? —se volvió hacia Shi Mi.

—Un poco. En realidad, me las arreglo en cinco idiomas.

—¿De verdad? —lo miró ella francamente sorprendida—. ¡Eres un tibetano muy raro!

—¿Por hablar chino?

—¡No! Eso casi es natural… ¿Qué otros idiomas hablas?

—Inglés, francés y español. Con estos idiomas se puede viajar prácticamente por toda América… ¿Dónde nos espera tu padre?

—Ya lo verás —Ping Ya emitió una deliciosa risita—. ¡Es toda una reunión secreta, Shi Mi!

Poco después, se apeaban del taxi, en Keppel, donde se extendía el grandioso puerto, uno de los más grandes y ricos del mundo. Frente a ellos, navegando por el estrecho de Singapur, muchísimos barcos y embarcaciones menores, cuyas luces eran como agujeros de colores verde y rojo en la oscuridad del mar y la, noche. Ping Ya tomó de la mano al tibetano y fueron caminando, hasta que ella señaló hacia el borde del muelle. Segundos después, saltaban a la cubierta de un viejo remolcador en el que no parecía haber nadie… Pero Shi Mi vio pronto la raya de luz amarillenta en la juntura de una doble puerta, que la muchacha abrió. Habían unos cuantos escalones de madera. Abajo, había luz, y se oían voces en chino.

Descendieron los dos, siempre tomados de la mano. Cuando aparecieron en la amplia cabina única, media docena de hombres de raza china estaban mirando hacia allí, silenciosos, inexpresivos, inmóviles como estatuas, sentados en el suelo, con las piernas recogidas.

—Shi Mi —dijo simplemente Ping Ya.

Uno de los hombres se puso en pie y se acercó. Shi Mi lo miró, después de haber mirado uno a uno a los demás. Todos eran de edad avanzada. Y posiblemente, el de más edad era el que se acercaba.

—Sé bienvenido —dijo éste—. Yo soy Tseng Ya. Espero que mi pequeña joya, Ping, te haya hecho los honores que merece tu llegada.

Shi Mi asintió con la cabeza, y volvió a mirar a los otros cinco chinos, que seguían mirándole fijamente. Pero había ahora en sus

rostros algo que podía definirse como… desencanto. Shi Mi lo captó enseguida, lo vio. Y se preguntó qué clase de hombre debían estar esperando para que, al verlo a él, se sintiesen decepcionados.

—Ellos son Wen, Yeu, Chin, Tsin y Kio.

Hubo unos movimientos de cabeza. Tseng Ya señaló el suelo, y Shi Mi se sentó, con toda naturalidad, recogiendo las piernas bajo el cuerpo, en postura zazen. Sin esfuerzo alguno: simplemente, se sentó.

—Esperábamos una ayuda diferente —musitó Tsin.

—¿Qué clase de ayuda? —lo miró apaciblemente Shi Mi.

—Ellos no saben nada de ti, ni de nada —sonrió el padre de Ping, la cual se había sentado en un rincón—. Sólo les dije que nos llegaría ayuda importante.

—No soy importante —negó Shi Mi—. Pero os ayudaré si está en mi mano.

—Yo sé que lo harás hasta el límite de todas tus energías —asintió Tseng Ya—. Pero como ellos desconocen cuáles pueden ser tus energías, no hablemos de eso. Te voy a explicar lo que está sucediendo, y lo que está a punto de suceder, lo que todavía sería peor.

—Te escucho.

—Todos nosotros tenemos negocios en el puerto de Singapur. Negocios honrados, diversos; unos rinden más, otros menos, pero las cosas nos van bien…, digamos que aceptablemente. No nos quejamos. Como nosotros, hay muchos más consignatarios y comerciantes que viven del movimiento del puerto, en una gama muy amplia de negocios y trabajos…

—¿Cuántos más?

—Cientos. Singapur es un gran puerto, y puede dar beneficios a muchísimas personas. Sin embargo, ahora, hay alguien que quiere llevarse casi todos los beneficios.

—¿Quién es?

—No lo conocemos. Hasta ahora, en el puerto ha habido una gran pugna entre dos grupos para ser los más poderosos. Uno de esos grupos lo dirige un chino llamado Lo Yuan. El otro grupo lo dirige un mestizo, hijo de una mujer europea y un chino, llamado Robert Wang.

—¿A qué grupo pertenecéis vosotros?

—La mitad a cada uno —sonrió Tseng Ya—. Esta es una… reunión clandestina de buena voluntad. Ni a Robert Wang ni a Lo Yuan les gustaría saber que estamos reunidos para… confabularnos. Aunque la confabulación no es contra ellos directamente, sino contra la persona que va a poner las cosas realmente difíciles si consigue sus propósitos.

—¿Qué propósitos?

—Como te digo, hasta ahora nos ha ido bien con dos grupos. Esto

creaba una… competencia que en muchas ocasiones incluso ha sido provechosa en los negocios, ha estimulado la imaginación y el trabajo. Algunas veces ha habido pequeños choques, pero nunca les hemos dado demasiada importancia, porque, en definitiva, las cosas iban por unos cauces normales. Ahora, una persona pretende unir los grupos de Wang y Yuan, formando así un solo grupo que controlaría todos los servicios y negocios del puerto de Singapur.

Shi Mi reflexionó unos segundos antes de preguntar:

—¿Eso es malo?

—Es muy malo para todos, nosotros, porque entonces no seremos dueños de nada, no seremos libres para negociar ni para nada; sólo podremos intervenir en lo que se nos autorice, con unos beneficios que siempre estarían determinados por la voluntad de esa persona. Sabemos que Lo Yuan y Robert Wang han aceptado ese convenio. Y no nos gusta. La rivalidad comercial está bien, yo diría que es buena, estimulante. Pero nos parece muy malo que una sola persona pretenda regir todos los negocios del puerto de Singapur, y que sea esa persona quien nos diga lo que tenemos que hacer, lo que tenemos que ganar y lo que tenemos que pagar…

—¿Pagar? ¿A quién?

—A esa persona.

—Eso es absurdo.

—Es una canallada. Esa persona quiere convertirse en el amo de todos nosotros, sencillamente. De nosotros, de nuestras familias, de nuestros negocios, de nuestros barcos o tinglados… Lo quiere todo, y a cambio, nos dará lo que quiera.

—Absurdo —repitió Shi Mi—. Simplemente, no le hagáis caso.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, habló el llamado Yue:

—Así lo pensamos en un principio. Desde entonces, cuatro de nuestros colegas han fallecido… accidentalmente.

—¿Qué quieres decir con eso? —se irguió Shi Mi sobre sus rodillas.

—Quiero decir que ya han muerto cuatro comerciantes del puerto; asesinados, se entiende.

—¿Estáis seguros de eso?

—Sí —musitó Tseng Ya—. Estamos bien seguros. Y sabemos que si continuamos rechazando esa servidumbre que quieren imponernos, seguirán asesinándonos. Ya hay muchos que están asustados, y piensan en que quizá sería bueno ceder. Yo pienso que eso no sería bueno, sino cobarde y malo. Por eso estás tú aquí, Shi Mi. Lo que queremos pedirte es que encuentres a esa persona, y la convenzas de que no tiene derecho alguno a dirigir el puerto de Singapur, ni nuestras transacciones, negocios de cualquier clase, dinero…, y, sobre todo, no tiene derecho alguno a disponer de nuestras vidas si nos

negamos a obedecer.

—Eslá bien.

—¿Vas a ayudarnos?

—Sí. Naturalmente. Lo Yuan y Robert Wang saben quién es esa persona.

—Naturalmente, deben saberlo. Pensamos que quizá a ellos también los hayan asustado, al principio, para que se uniesen bajo las órdenes de esa persona, a la que llamamos Yuho (1). O quizá, simplemente, Yuho les haya convencido de que obtendrán más beneficios sirviendo a su inteligencia que enfrentándose como hasta ahora. En lugar de dificultarse las cosas uno al otro, laboran ahora juntos a las órdenes de Yuho…, y pretenden que todas sus riquezas les lleguen a expensas nuestras, de los grandes y los pequeños comerciantes y consignatarios de Singapur.

(1) Yubo significa Imperial, en chino.

—¿No habéis hablado con Lo Yuan y Robert Wang?

—Son inaccesibles para nuestras pobres fuerzas.

—¿Dónde viven?

—¿Conoces Singapur?

—Un poco.

—Entonces, no tendrás dificultad en encontrarlos: los dos constan en el directorio telefónico, claro está. De todos modos, te he preparado un plano de la ciudad, con algunas anotaciones que espero te serán de utilidad.

Tseng Ya sacó el plano, doblado varias veces, de una manga, y lo entregó a Shi Mi, que lo desdobló, y estuvo mirándolo atentamente durante cinco o seis minutos, durante los cuales el silencio fue total en el remolcador; amortiguados, llegaban, empero, todos los ruidos de un puerto gigantesco, que nunca descansaba completamente… Por fin, el tibetano volvió a doblar el plano y se lo guardó.

—Nosotros —dijo entonces Tseng Ya— hemos pensado que deberíamos pagar los servicios que recibamos, de modo que estamos reuniendo una cantidad que esperamos te parezca bien: cien mil dólares USA.

—Por mí está bien —sonrió Shi Mi.

—Ya sé que no serán para ti —sonrió también Tseng Ya—, Sé perfectamente que los harás llegar a manos de la persona que ambos conocemos, y que ese dinero será destinado a cualquier obra respetable. Cuando termines el trabajo, espero que con el dinero lleves mis respetos a esa persona.

—Lo haré.

—Esperamos tener el dinero mañana mismo. ¿Podemos hacer o decir algo más para ponerte en el camino hacia Yuho?

—Decidme sólo aquello que consideréis que puede serme útil, si es que algo sabéis.

Tseng Ya movió negativamente la cabeza. Los demás permanecieron impávidos, y Tang Lingmar comprendió: todo lo que sabían, estaba dicho, incluso estaban muy claras las dudas de los otros cinco chinos respecto a la utilidad que él pudiera prestarles. Estaban viendo a un tibetano vestido informalmente, sin nada especial en él, salvo su raza, que bien podía parecer china. Para el grupo de seis ancianos, Shi Mi, evidentemente, era un muchacho tibetano, y punto final… ¿Qué podían esperar de un solo hombre?

—Nos gustaría obsequiarte con algo… ¿Whisky?

—No —negó Shi Mi—. Nunca bebo alcohol. Pero tomaría con gusto un poco de té.

Tseng Ya miró a Ping, que se había puesto ya en pie, lista para complacer al hombre que había estado observando todo el tiempo como fascinada, maravillada; el hombre que había abierto sus puertas de la vida, tan dulcemente, horas antes.

Uno de los chinos sacó una pipa, y prendió el tabaco. Tang Lingmai lo miró sonriente, sacó cigarrillos, ofreció y encendió uno para sí. Poco después, los siete hombres conversaban apaciblemente sobre diversos temas, siempre relacionados con Singapur. Todos ellos, muy corteses, ofrecieron sus casas a Tang Lingmar, pero éste, no menos cortésmente, las rechazó, asegurando que el Malasia Hotel era suficiente para él… El té estuvo listo muy pronto, y Ping sirvió en primer lugar al invitado.. al que cada vez contemplaban más ceñudamente los cinco chinos amigos de Tseng Ya, al ir comprobando la alta educación del tibetano, su apacibilidad, su armonía mental…

Hasta que, de pronto, un seco golpe más fuerte que el tono de sus voces los hizo callar a todos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kio.

—Iré a ver —dijo la muchacha.

Shi Mi, que tenía la cabeza ladeada y los párpados entornados, murmuró:

—No. Quédate aquí.

Se oyó otro golpe, y otro, y otro… Tang Lingmar comprendió el primero lo que significaba aquello: algunos hombres estaban saltando a la cubierta del remolcador. Cuando miró a los demás, captó sus rígidas expresiones, y así, supo que ellos también habían comprendido…, y que estaban inquietos.

—¿No esperáis a más amigos? —preguntó el tibetano.

Algunos movieron la cabeza negativamente, y eso fue todo. Shi Mi

miró su taza de té, y la terminó, siempre sosegado. Los pasos se oían ahora en los escalones de madera… Cuando el tibetano miró a la entrada de la cabina única, vio a los seis hombres que se agrupaban allí, todos sonriendo ferozmente, con malvada expresión, con regocijo. Todos eran chinos; o quizá malayos, algunos.

Y todos estaban armados. Shi Mi contempló, sin alterarse, los nunchaku, los bo, las cadenas…, y hasta había un cuchillo.

Fue precisamente el que empuñaba el cuchillo el que señaló con éste a Ping Ya.

—Mirad qué preciosa flor: ¡vamos a deshojarla!

El rostro de Ping se demudó, y la muchacha retrocedió hacia el fondo, muy abiertos los ojos. Hubo algunas risas. Shi Mi dejó la taza de té, y se puso en pie. Todas las miradas convergieron entonces en él.

—El jovencito debe ser el novio de la flor —dijo otro—. ¡Le obligaremos a presenciar la violación!

—Pero antes —intervino otro—, vamos a darles la lección a los viejos. ¡Una pequeña lección que les hará comprender que no deben volver a reunirse! Les vamos…

—Esperen —alzó una mano Shi Mi—, la reunión ha terminado, y les aseguro que no habrá ninguna otra por el mismo motivo. Les ruego que den por cumplido su trabajo y se marchen.

Durante tres o cuatro segundos, el grupo de canallas estuvieron contemplando estupefactos al tibetano. De pronto, uno de ellos adelantó un paso, alzando su bo.

—Vas a ser el primero en morder madera —farfulló—. ¡Te voy a moler a…!

Se calló, sorprendido y desconcertado. Shi Mi tenía ahora las manos a la altura de su vientre, la expresión como desvahída, la boca entreabierta. Y por la boca brotaba un extraño sonido como aire saliendo a presión de aquel cuerpo delgado y de engañoso aspecto frágil, delicado:

—Oooooo…

Tras el pasmo, se produjo la irritación.

—¿Qué esperamos? —farfulló otro—. ¡Vamos a por ellos!

Entonces, Tang Lingmar se convirtió en Shi Mi.

CAPÍTULO II

—¡Ooooooo...! —aumentó el volumen de su Kiai.

Y al mismo tiempo que sus manos se colocaban como garras ante su rostro, alzó la pierna derecha.

La punta del pie, recogidos los dedos hacia arriba, dio en la barbilla del hombre que alzaba el bo. Fue un movimiento lleno de armonía, de aparente suavidad, y sobre todo, de facilidad. Sin embargo, el hombre que recibió el golpe echó la cabeza hacia atrás, con la mandíbula inferior rota; y la cabeza llegó tan atrás, que el cuello se rompió, con seco crujido escalofriante.

En menos de un segundo, el hombre yacía de espaldas, muerto.

Pero los demás ya estaban lanzados, no tuvieron ocasión de comprender el significado de aquello. En el aire silbaban ya las cadenas, los nunchaku, los bo (1), y el del cuchillo estaba ya en el aire en su salto hacia Shi Mi. Pero Shi Mi desapareció de su trayectoria, simplemente, y llegó, girando, junto a otro de los hombres, que ya había comenzado a apalear a los viejos chinos, a diestro y siniestro, secundado por los demás. Una garra de acero se clavó en la nuca del hombre, que lanzó un grito, dejó de golpear, e intentó volverse.

(1) Nunchaku, es el arma compuesta por dos o tres bastones de roble, o barras de hierro, unidos por cordón o cadena. Bo es un palo. Las cadenas, cuando llevan pesos en los extremos, reciben el nombre de manrikigusari.

Imposible.

También pareció imposible lo que sucedió a continuación: Shi Mi alzó al hombre sujetándolo por el cuello con la mano derecha y por los pantalones con la izquierda, lo alzó, y lo tiró encima de los demás, derribando a dos de ellos, que unieron sus gritos de sorpresa a los de dolor de los apaleados ancianos. Acto seguido, Shi Mi se volvió hacia el del cuchillo, que volvía a la carga.

La mano derecha de Shi Mi pareció de nuevo una garra, mientras

el antebrazo izquierdo, con movimiento circular, desviaba el cuchillo. La derecha golpeó entonces, encogida, en un lado de la cara del chino, sobre la oreja. El hombre lanzó un aullido, dejó caer el cuchillo, y se llevó ambas manos al lugar golpeado, del que brotaba ahora un surtidor de sangre. En realidad, estaba ya fuera de combate, pero… ellos habían hecho sacar las uñas al gato.

Shi Mi lo asió con ambas manos por uno de los brazos, giró con fuerte impulso, y el hombre salió volando a media altura hacia la pared, donde se estrelló violentamente y rebotó sin sentido…, mientras el gato giraba de nuevo, lanzando otro de sus zarpazos, que cayó sobre los ojos de otro hombre. El alarido de éste fue terrible, pero se cortó en seco cuando el puño derecho de Shi Mi impactó sobre su corazón, deteniéndolo en el acto. El hombre, muerto fulminantemente, saltó hada atrás, empujando a sus compañeros, que dejaron de golpear ancianos para prestar decidida atención a Shi Mi…

Pero entonces, ya sólo eran tres, y muy pronto iban a convencerse de la insuficiencia de su número, pese a sus armas…, y a sus golpes: uno de los nunchaku, silbando en el aire, llego hasta la cabeza de Shi Mi, golpeando con seco golpe dos dedos por encima de la oreja izquierda, derribándolo. Hubo un grito colectivo de alegría, y los tres hombres saltaron a la vez hacia el gato…, que se ponía en pie de un salto y alzaba su pierna izquierda.

Aunque no demasiado. El golpe acertó en los genitales al sujeto del nunchaku, que saltó como un conejo, y cayó de rodillas, lívido, sin resuello, desorbitados los ojos. El gato giró, lanzando un largo zarpazo de arriba a abajo, y la cara de otro chino quedó marcada por cuatro estrías rojas, pero sin sangre; la zarpa llegó al pecho, arrancó la ropa y dejó allí unos surcos violáceos.

Aterrado, el hombre retrocedió, con las manos tendidas hacia Shi Mi como queriendo detener la marcha de este…, que no le hacía el menor caso ya, porque se estaba desplazando de lado hacia otro.

No pudo llegar, porque el que había estrellado antes contra la pared, había recobrado el sentido, y, pese a lo debilitado que se sentía y a la sangre que seguía brotando de una de sus orejas, asió los pies de Shi Mi y tiró de ellos, para derribarlo de espaldas, de modo que su cabeza se golpease contra el suelo.

—¡Oooooo…! —brotó el aliento del gato, mientras éste giraba en el aire y caía de manos.

De un tirón, desasió un pie, y lo disparó hacia el hombre que todavía le sujetaba el otro. La nariz le reventó como si fuese un tomate maduro, y el hombre comenzó a chillar, por supuesto soltando el otro pie de Shi Mi, que se puso en pie cuando parecía que ni siquiera había llegado al suelo.

El golpe de bo le acertó sobre el hombro izquierdo… El palo saltó

de las manos del hombre en dos pedazos, dejando a éste incrédulo, petrificado, demudado de espanto… ¡Tchoc!, crujió su pecho cuando la zarpa de Shi Mi le alcanzó sobre el pectoral derecho… El hombre salió despedido hacia atrás, dando traspiés, y fue a caer sentado en los últimos escalones de madera…, mientras Shi Mi se dejaba caer al suelo de bruces…, y la cadena pasaba silbando por encima de él, manejada por el hombre que, perdiendo el equilibrio, pasó junto al tibetano, también dando traspiés, hasta caer de rodillas. Una zarpa de acero cayó sobre su espalda, y el hombre, como roto, sin aliento, cayó de bruces.

De nuevo en pie Shi Mi, se encontró solo en el centro de la cabina. Su cabeza giró a un lado y a otro, como si incluso fuera capaz de girar completamente hacia la espalda. Sus manos, tendidas ante él con las palmas hacia delante, los dedos crispados, parecían en verdad zarpas… Alrededor de él, unos caídos y otros de pie, todos contemplaban aterrados al tibetano… El que había caído sentado al pie de la escalera se puso en pie de un salto, dio media vuelta y se lanzó escalones arriba, jadeando. En un instante, los otros tres le siguieron, cojeando, tambaleándose, mirando de reojo, notando los pelos de punta a Tang Lingmar, que ahora parecía no verlos.

Permaneció inmóvil, con las zarpas a la altura del pecho, hasta que ya, ni siquiera se oyó la ruidosa fuga de los cuatro supervivientes, que tras ellos iban dejando manchas de sangre y sus armas.

—Oooooo… —pareció deshincharse Shi Mi.

Las manos cayeron, la barbilla quedó apoyada en el pecho, los ojos se cerraron un instante. La negra luz siniestra que había aparecido en ellos quedó oculta. Cuando apenas tres segundos después, el tibetano alzó los párpados, la luz había cambiado en los ojos. Miró a los tres chinos que yacían en el suelo mirándole, y se acercó a ellos.

—¿Están bien? —se inclinó a ayudar a Tsin a ponerse en pie.

Nadie contestó. Ping Ya continuaba con la espalda como adherida a la pared, sus ojos abiertos de par en par, fijos en Shi Mi, que ayudó a otro anciano, mientras los demás ayudaban al tercero. Kio tenía señales de dos golpes en la frente, Chin se sujetaba su mano derecha, rota al recibir el golpe de nunchaku que había ido dirigido a su cabeza. Tseng Ya tenía en un lado del cuello la señal de la cadena…

—Asesinos —sollozó de pronto Ping Ya—. ¡Asesinos, asesinos…!

—Ha sido cosa de Yuho —dijo Wen, con voz tensa.

Tang Lingmar asintió con la cabeza.

—Evidentemente, ha querido daros una lección. Lo rpejor será que nos marchemos todos de aquí. Sobre todo, tú, Chin, que tienes la mano rota.

—No me duele…

—Te dolerá luego. ¿Los demás no tenéis nada roto?

—A… a mí… ni siquiera… me han tocado —tartamudeó Yue—. ¡Y no lo comprendo! Veía…, veía por todas partes los…

—Shi Mi les ha dado motivos para olvidarse de nosotros —intentó sonreír Tseng Ya—. Han venido a dar una lección, y resulta que la han aprendido ellos.

—¿Cómo lo ha hecho? —exclamó Chin—. ¡Jamás vi…!

—No hagas preguntas idiotas —farfulló Wen—. Está bien claro que Shi Mi y el Kung Fu son… una misma cosa. Y ahora comprendo que Tseng Ya lo haya…

—No es momento de conversar —interrumpió con tono amable Shi Mi—. Hay que marcharse en seguida… ¿Está muerto?

La pregunta iba dirigida a Yue, que estaba examinando al primer hombre que había sido objeto de la agresión del tibetano. El chino asintió con la cabeza, y fue a mirar al que, tras recibir el zarpazo en los ojos, había recibido el impacto sobre el corazón.

—Este también está muerto. Habrá que deshacerse de ellos. Yo me encargaré de eso, los demás marcharos.

—Pero tú solo… —empezó Tseng Ya.

—Yo estoy bien, y vosotros, no. Me llevaré a estos dos puercos mar adentro, y los enviaré al fondo. Marcharos ya… Y tened todos mucho cuidado a partir de ahora, ya habéis visto que va en serio.

—Tan en serio —murmuró Kio—, que no me sorprendería que alguno de nosotros fuese pronto víctima de un… «accidente». Por esta vez, sólo querían damos una paliza, pero a partir de ahora… No sé lo que podrás hacer, pero lo que sea… tendrá que ser pronto.

—Lo intentaré. Salid todos vosotros; yo ayudaré a Yue a llevar los cadáveres a la cubierta, y luego me marcharé también. Tened mucho cuidado. Y cualquier cosa que ocurra, no vaciléis en llamarme al hotel… ¿Sí, Ping?

La muchacha, que había asido una mano de Shi Mi, le miraba fijamente, con adoración.

—Shi Mi, no puedes estar solo a partir de ahora…

—Por el contrario —la interrumpió el tibetano—, a partir de ahora es cuando no podemos correr el riesgo de que haya alguien conmigo. Si sólo tengo que cuidar de mí, quizá pueda arreglármelas bien, pero si tengo que cuidar de alguien más…

—Yo… estoy hablando de que haya alguien contigo para ayudarte.

—No. No puedo ir por ahí rodeado de guardaespaldas —sonrió Shi Mi—. Además, ¿qué significarían cuatro, cinco o seis hombres protegiéndome, si nos atacaban treinta…, o nos disparaban con armas de fuego? No, no, no. Si hay alguien difícil de cazar, ese es" el gato solitario. Ocuparos de vosotros…, y no os preocupéis por mí.

—Yo sí me preocuparé.

Tang Lingmar acarició una mejilla de la muchacha.

—Adiós, Ping. Y gracias por todo.

Segundos después, quedaban solos Yue y Shi Mi en el remolcador. El tibetano ayudó al chino a subir los cadáveres a cubierta, envueltos en unos trozos de lona medio podrida, y los lastraron debidamente, para que nunca volviesen a la superficie; o al menos, después de tanto tiempo que nadie podría encontrar significado a aquellas muertes.

—Tienes las manos muy duras —musitó Yue.

—¿Puedo ayudarte en algo más?

—No.

Shi Mi saltó al muelle, y se alejó. Cuando se volvió a mirar, el remolcador estaba ya maniobrando para enfilar la salida hacia mar abierto.

CAPÍTULO III

LA única duda que tenía era respecto a cuál de los dos debía dedicar en primer lugar su atención: ¿Robert Wang o Lo Yuan? Por lo demás, todo estaba claro. De ninguna manera podía esperar a que la situación se fuese agravando, así que, simplemente, debía enterarse de quién era Yuho, la ambiciosa persona que había dado lugar a todo aquello.

En el listín telefónico, ciertamente, había encontrado las direcciones de Robert Wang y Lo Yuan, y en aquel momento, ya casi las diez de la mañana, sólo tenía que tomar la decisión: ¿Yuan o Wang? Lo seguro era que, fuese cual fuese el que escogiera para la entrevista, las cosas no iban a ser fáciles. Es más, al parecer ya iba a ser difícil tan sólo conseguir aquella entrevista, así que antes de intentar conseguirla, debía examinar bien el terreno, saber dónde ponía los pies…, pues ni siquiera un gato puede salir de arenas movedizas. Meterse en ellas es fácil, pero salir…

El timbrazo del teléfono le hizo volver la cabeza. Se quedó mirando el aparato con cierta sorpresa, hasta que pensó que debía ser Ping Ya quien le llamaba.

—¿Sí? —atendió la llamada.

—Sí… Sí, póngame, desde luego. ¿Eres tú, Ping?

—Sí —se desconcertó Shi Mi—. Yo soy Tang Lingmar, en efecto.

—¿Claudine Pasteur? Bien… ¿Nos conocemos usted y yo, señorita Pasteur?

—Ya. La verdad es que no recordaba su nombre, así que…

—¿…?

—¿Una entrevista? ¿Con qué objeto?

—Bueno,.. Si es importante, no voy a tener más remedio que aceptarla. ¿Dónde está usted?

—¿Va a venir usted? Ah, muy bien. ¿Le parece bien que la espere en el bar del hotel?

—¿Que cómo soy yo? Veamos, señorita Pasteur, es evidente que le han hablado a usted de mí, de modo que tiene que saber muy bien cómo soy. No tengo ninguna duda de que sabrá identificarme en el

bar. ¿Dentro de quince minutos?

—Treinta. Muy bien, la estaré esperando.

—Hasta luego.

Tang Lingmar colgó el auricular, y quedó con la mano sobre el aparato, pensativo, durante unos segundos. ¿Qué podía tener que decirle una mujer que no conocía? Claudine Pasteur… El nombre era francés, desde luego, pero ella había hablado en perfecto inglés. Encogió los hombros, fue a colocar el listín telefónico en su sitio, y luego abrió el armario. Su equipaje era siempre reducido, de modo que no tuvo complicaciones de importancia para elegir su vestuario. Puesto que tenía una cita, sin embargo, decidió ponerse el traje y los zapatos. Y hasta se pondría corbata.

Mientras escogía la ropa, dirigió una mirada a las armas que había requisado en el remolcador, pertenecientes a los hombres que habían tenido la desdicha de realizar aquella incursión de escarmiento…

—Me pregunto para qué puedo querer yo todo esto —tocó con un dedo uno de los nunchaku—. Hace ya tiempo que desistí de utilizar jamás arma alguna. Incluso se lo prometí a Sensei, después de aquello. Promesa que él no aceptó, claro… Me gustaría tener la comprensión que tiene él para todas las cosas: un arma es mala sólo cuando se utiliza para hacer el mal. Pero yo me pregunto: ¿acaso un arma puede utilizarse para hacer el Sien?

Desistió de filosofías, se vistió, y poco después entraba en el bar. Preparando ya lá entrevista con la señorita… o señora Pasteur se sentó a una mesita discretamente apartada. Pidió café, encendió el primer cigarrillo del día, y se quedó mirando el humo… Aquel humo que era como sus pensamientos, porque se escapaba, se diluía… Sí, había algo que quería pensar, pero no sabía qué era. Algo había ocurrido que estaba forzando su mente, pero no lograba centrar la idea. Bueno, seguro que no tardaría en conseguirlo. Era sólo cuestión de tomárselo con calma. No de concentrarse forzadamente, sino todo lo contrario, desconcentrarse, relajar la mente; en cuanto consiguiese esto, de pronto, ¡pluf!, la idea aparecería, arrolladora, y sabría qué era lo que le tenía tan desconcertado…

Había ya terminado el cigarrillo y el café cuando apareció la espléndida muchacha rubia en la puerta del bar, mirando a todos lados. Al ver a Shi Mi, sonrió levemente, apenas un movimiento de los sonrosados labios. Shi Mi se puso en pie, y fue hacia ella, que le miró de nuevo, con más curiosidad, mientras el tibetano pensaba que no había visto nunca una mujer tan… espléndida. Sí, era espléndida. De cuerpo esbelto, formas turgentes, carnes doradas por el sol, grandes ojos azules… Elegante, preciosa, de rostro bellísimo e inteligente.

—Soy Tang Lingmar —se presentó éste—. ¿Le apetece una taza de café?

La muchacha parpadeó, con un gesto delicioso.

—Oh, sí… Encantada, señor Lingmar. Muy amable.

Ei tibetano señaló hacia la mesa. Al llegar allá, apartó una silla para la espléndida rubia, hizo una seña al camarero, y se sentó. Todavía no había dicho nada cuando llegó el camarero. Encargó café, y ofreció su paquete de cigarrillos a la muchacha, que aceptó con deliciosa sonrisa.

—Muchas gracias… Es usted muy amable, de veras.

—Cuando menos, procuro ser educado —sonrió Shi

Mi—, Bien, ¿le parece que hablemos? ¿O quizá prefiere que vayamos a otro lugar?

—Pues… no. No. Estoy muy bien aquí.

—De acuerdo. La escucho con atención.

—¿Me escucha?

—Yo creo que hablando se entiende la gente, ¿no le parece?

—Sí… Sí, por supuesto. Sin duda alguna.

El camarero llegó con el café. Tang Lingmar estuvo mirando las hermosas manos de la muchacha mientras ésta desenvolvía los terrones de azúcar. Ella le miró, y sonrió de aquel modo delicioso.

—Tiene usted unos rasgos muy bellos, señor Lingmar. Pero, aunque sé muy bien que los chinos no carecen de belleza, sino todo lo contrario, yo diría… que usted no es chino.

—Usted sabe ya muy bien que soy tibetano, señorita Pasteur.

La muchacha respingó, y se quedó mirándolo atónita.

—¿Señorita Pasteur? —murmuró—. No comprendo.

—Quien no comprende soy yo —frunció el ceño Tang Lingmar—'. Usted me ha citado para que conversemos, así que…

—Espere, espere… Un momento, señor Lingmar. Yo no he citado a nadie para nada. Y por si lo que usted piensa es que mi nombre es Pasteur, le diré que está equivocado.

—¿No es usted Claudine Pasteur?

—Claro que no. Mi nombre es Sarah Weston. Me parece, señor Lingmar, que ha sufrido usted una… pequeña confusión.

—Evidentemente —se sintió enrojecer Shi Mi—. Y lo siento de veras. Le aseguro que no he pretendido molestarla. De todos modos, cuando al entrar me ha sonreído usted, he pensado…

—Señor Lingmar, yo no le he sonreído a usted. Simplemente, estaba sonriendo, porque no tengo motivos para otra cosa. Soy joven, bonita, tengo dinero, salud, no soy tonta… En fin no estaría bien que una persona que prácticamente lo tiene todo andase por ahí con cara de perro. ¿No está de acuerdo?

—Ejem… Por completo, sí. En fin… Bueno, mi confusión ha sido un poco tonta, lo admito. Pero, claro, como me he presentado a usted, y me ha aceptado enseguida el café y mi compañía…

—¿Y por qué no? —se pasmó la muchacha—. Estoy sola en el hotel, no tengo que dar cuentas de nada a nadie, usted me ha parecido agradable y atractivo, además de fresco, y… el conjunto me ha hecho gracia.

—Y como además habla inglés…

—Considerando que nací en Gran Bretaña, no creo que eso resulte demasiado sorprendente, señor Lingmar.

—Parece que mi inteligencia no está quedando a gran nivel, ¿verdad? —masculló Shi Mi.

—Una simple equivocación —rió Sarah Weston—. De la que se desprende fácilmente que usted está esperando a una mujer a la que no conoce y que se llama Claudine Pasteur. Ha sido usted muy amable al invitarme, señor Lingmar.

—¿Se marcha usted?

—Bueno… Nunca me han gustado los triángulos francamente.

—¿Ni siquiera cuando iba a la escuela?

—Oh, entonces, simplemente, los toleraba. Pero, claro, usted está hablando de geometría, y yo hablaba 'de otra cosa. A ese respecto tengo otros gustos muy definidos.

—Me gustaría conocerlos —sonrió Shi Mi.

—Pues digamos que me gusta la línea recta.

—Ah. Esto… ¿Vertical u horizontal?

Sarah Weston se quedó mirando fijamente al tibetano que permaneció risueñamente impávido. Por fin, la muchacha se puso en pie, siendo inmediatamente imitada por Shi Mi.

—Encantada de conocerle, señor Lingmar. ¿De verdad es usted tibetano?

—Sí. Pero no soy monje, ni lama, ni nada parecido.

—Asombroso —rió de nuevo ella—. Entonces, /qué es usted?

—Nada que valga la pena.

—Estoy segura de que eso no es cierto —musitó Sarah—. En serio: ¿a qué se dedica?

Tang Lingmar torció el gesto.

—Soy profesor de Ciencias Humanas en la Universidad de "Los Ángeles”, en California.

—¡Atiza! —exclamó graciosamente Sarah Weston.

—Parece que la he sorprendido.

—¿Sorprendido? ¡Me ha dejado usted de mármol!

Cómo se le ocurrió semejante profesión?

—Estuve estudiando en Tíbet hasta los veinte años en un monasterio. Luego, me enviaron al mundo…, y le aseguro que no me hicieron ningún favor. Sin embargo, mis maestros opinaron que dada mi… categoría mental y moral, yo debía dedicarme a algo que resinase constructivo para mis semejantes. Así que estuve estudiando en Japón, luego en Singapur, y finalmente pasé a Estados Unidos.

—Santo cielo… Y dígame: ¿qué le gusta más: Estados Unidos o el Tibet?

—Me resulta usted demasiado simpática para darle la respuesta exacta que merece esa pregunta, señorita Weston.

—Comprendo. Ha sido una pregunta tonta, ¿no es así?

—Siento decirlo, pero sí. ¿Ha estado usted en el Tibet alguna vez?

—Voy a hacerle una confesión, señor Lingmar: para mí, hasta ahora, el Tibet era sólo un nombre en el mapa. Un nombre… remoto. Le diré que sé más cosas de la Luna que del Tibet.

—Todo eso que se pierde usted, señorita Weston.

—Estoy segura de ello —murmuró la muchacha—. Bien.. Hasta otra.

—Así lo espero.

Sarah Weston sonrió levemente, y se retiró, ocupando sola otra mesita. Tang Lingmar no se sentó hasta que ella lo hubo hecho, a pocos metros de distancia. Se quedó mirando sus manos, colocadas sobre la mesa, abiertas… Pero las retiró enseguida, colocándolas sobre, as rodillas. No le gustaba que nadie mirase sus manos, aquellas manos que habían sido moldeadas durante quince años en un monasterio tibetano, con unos ejercicios que habrían puesto de punta los pelos a la señorita Weston, por ejemplo. Unas manos que habían sangrado muchas veces, que se habían roto en dos ocasiones, que…

—¿Señor Lingmar?

Shi Mi alzó vivamente, la cabeza, y miró a la persona propietaria de aquella voz, que ahora sí identificó plenamente, aun oyéndola sin aparatos que podían deformarla. Se atragantó, pero consiguió ponerse en pie. Ante él, una muchacha de unos veintidós años, de largos cabellos negros, ojos color miel, boca sonrosada, de labios grandes, sensitivos, de tono sonrosado. Llevaba un vestido blanco, escotado, que permitía vislumbrar unas formas delicadas, tan bellas que sobrecogían. La dulce voz parecía estar flotando todavía entre la boca sonrosada y las alas del fantástico, pero delicioso sombrerito con adornos azules.

—¿Señor Lingmar? —inquirió ella, alzando las cejas.

—Sí… Sí, sí. Perdone… ¿Señorita Pasteur?

—Claro.

—Sí… Claro. Por favor, siéntese. Permítame —se apresuró a pasar

tras ella para acercarle la silla—. ¿Desea tomar algo?

La muchacha miró la taza de café de Shi Mi. Luego, la que había correspondido a Sarah Weston. Y finalmente, de nuevo al tibetano, que había vuelto a su silla.

—¿Le he interrumpido? —señaló con la barbilla la taza de Sarah Weston.

—No, no… Por favor, no se preocupe. ¿Tomará algo?

—Jugo de naranja, gracias.

Tang asintió, llamó al camarero con una seña, señaló discretamente la taza vacía, y pidió jugo de naranja. Encendió un cigarrillo, miró a Claudine Pasteur, sonrió, y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Fumo demasiado, y eso no es bueno para… No es bueno para nada, realmente… ¿Ocurre algo?

—No… ¿Por qué?

—Me mira usted de un modo extraño.

—Pensaba que debe ser usted una persona importante para que Robert me haya enviado a conversar en su nombre.

—¿Robert?

—Robert Wang —se sorprendió ella—. ¿No sabe quién es…?

Por un instante, los labios de Tang Lingmar se apretaron, pero enseguida sonrió cortésmente.

—He oído hablar de él. ¿Quién es… su marido?

—Sólo mi primo. Su madre y mi padre eran hermanos.

—Ah.

—Vine a Singapur para pasar invitada en su casa unas cuantas semanas, y llevo ya casi cuatro meses. ¿Le gusta a usted Singapur?

—Hay sitios que me gustan más —murmuró Shi Mi—. ¿Cuál es el tema que debemos tratar, señorita Pasteur?

—En realidad, no lo sé. Robert me ha enviado para… Gracias —miró amablemente Claudine al camarero, que había depositado ante ella el jugo de naranja—. Robert me ha encargado que le haga entender a usted muy expresamente que está dispuesto a conversar de modo razonable sobre el negocio que está en litigio entre ambos. Espero que entienda el mensaje, señor Lingmar.

—Sí, lo entiendo. Pero eso podía habérmelo dicho su primo personalmente. Quiero decir, que podía haberme llamado él por teléfono, y citarnos directamente, sin hacerla intervenir a usted.

—Exactamente eso le dije a Robert. Pero, claro está, no vi motivo alguno para negarle este pequeño servicio… ¿Qué le ha ocurrido?

—¿A mí? ¿A qué se refiere?

—Tiene un buen chichón en ese lado de la cabeza, \ hasta diría

que algo de sangre.

—¿Vuelve a salir sangre? —se molestó Shi Mi, deteniendo la mano a un centímetro de la herida producida por el golpe de nunchaku la noche anterior—. Bueno, luego atenderé esto… Me di un golpe contra el borde de una de las puertas del armario del cuarto de baño. Lina completa tontería.

La miraba atentamente, pero ella aceptó la explicación con toda naturalidad. Bebió otro sorbo de jugo de naranja, y encendió un cigarrillo. Luego, dijo:

—En definitiva, señor Lingmar, usted dirá cuándo quiere que nos vayamos.

—¿Adonde?

—A ver a Robert. Él le está esperando.

—¿En su casa? —sonrió fríamente Shi Mi.

—Ignoro por qué, pero no. Tengo afuera un pequeño «Morris» que compró para mí cuando llegué a Singapur, y debemos ir con él a Changi. ¿Sabe dónde está?

—Sí.

—Robert tiene una casita deliciosa allá, en la playa, cerca de Cabo Changi. Nos debe estar esperando.

—¿Habrá alguien más en la entrevista?

—No lo sé. Pero tengo la impresión de que no. Robert parece muy interesado en hablar con usted a solas, en privado. Yo diría que incluso secretamente.

—Parece que esto la divierte, señorita Pasteur.

—No se trata de eso —sonrió angelicalmente Claudine—. Es que ésta va a ser la primera cosa útil que hago desde que llegué a Singapur, y me satisface. Empiezo a estar cansada de vivir como una millonaria… sin serlo. A decir verdad, estoy deseando regresar a casa.

—¿Vive en París, quizá?

—No, no. Vivo en Estados Unidos, no en Francia.

—Ah. ¿Y a qué se dedica en Estados Unidos?

—Soy azafata de vuelo en la American Airlines. Hubo un accidente en un vuelo nacional, del que milagrosamente, salí con vida, pero quedé… muy afectada. Lo cierto es que fui víctima de un shock terrible, y decidí tomarme una temporada de descanso. Solicité la excedencia, y pensé que en Singapur, con Robert, podría reponerme de…, de aquella impresión.

—Debió asustarse mucho, naturalmente.

—No fue exactamente así, o sea, no fue por el susto personal… Quiero decir que ser la única superviviente en un accidente como aquél es algo así como un milagro. Estuve… aprisionada durante varias horas dentro de una parte del avión que no se incendió,

rodeada de…, de lo que había quedado de algunos pasajeros y compañeros de trabajo.

Claudine Pasteur había palidecido, y parecía que sus labios, tan tiernos, se habían secado. Tang Lingmar se imaginó por un instante la situación, y movió la cabeza.

—Lamento haberle hecho recordar eso.

—Ya va pasando. No quisiera parecerle impaciente, pero insisto en que Robert nos debe estar esperando.

—Sí. ¿Puede perdonarme unos minutos? Subiré a mi habitación a echarle un vistazo a la herida de la cabeza. Le molesta?

—Claro que no.

—Gracias. Bajaré enseguida.

Shi Mi se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta del bar. Sarah Weston ya no estaba allí. El tibetano casi sonrió al recordar la simpática confusión. Desde luego, la culpa había sido íntegramente suya, ya que debió reconocer la voz de Claudine Pasteur… Es decir, debió darse cuenta de que Sarah Weston no tenía la voz de la muchacha francesa. Pero, a fin de cuentas, sólo había oído a Claudine Pasteur unos segundos, y por teléfono.

Lo primero que hizo al entrar en su habitación, fue sacar el plano que le había entregado Tseng Ya la noche anterior, y buscar el punto donde estaba el domicilio del viejo chino y su número de teléfono. Pidió a la centralita del hotel que lo comunicasen con ese número, y fue al cuarto de baño.

Én efecto, la herida mostraba una delgada y oscura línea de sangre, aparte del lógico abultamiento.

«Debo tener realmente una cabeza muy dura, para que aquel golpe no me la rompiese.»

Naturalmente, él había sido el primer sorprendido; pero, claro, su cabeza no debía ser más dura que otra cualquiera. Cuestión de pura suerte, eso había sido todo. El golpe de bo en el hombro, no, no había sido suerte. Él bastón tenía que romperse al golpear en el hombro, provisto de unos músculos entrenados desde la infancia para soportarlo todo. La cabeza no podía entrenarse en esto, pero la musculatura…

Aún no había atendido la herida de la cabeza cuando sonó el teléfono. Un instante más tarde, estaba en contacto con Tseng Ya.

—¿Tseng? Soy Shi Mi. ¿Podemos hablar?

—¿Conoces a una mujer llamada Claudine Pasteur?

—¿No? Bueno, ella dice ser prima de Robert Wang, y…

—Ah, ¿la recuerdas ahora?

—Entiendo… La habías visto con él, pero no sabías su nombre completo, y al llamarse Pasteur… Sí, en efecto, es muy bonita —sonrió

—. Bien, me está esperando para llevarme a una cita… secreta con Robert Wang.

—Lo que has oído. Debemos ir a Changi, al extremo este de la isla, ya sabes. Parece que Wang tiene aííá una casita en la playa, cerca de Cabo Changi. Mi pregunta es: ¿crees que puedo confiar en que Robert Wang juegue limpio?

—Ya. Bien, yo pienso que quizá él prefiera hacer tratos con nosotros, y dejar las cosas como antes, a seguir sometiéndose a los deseos de Yuho. Si es así, buscaría una alianza con nosotros, lógicamente.

—¿Tú no te fiarías…? Está bien. Eso es todo, Tseng.

—Te llamaré más tarde.

Colgó, fue al cuarto de baño, y comenzó a restañar la poca sangre que brotaba de la herida de la cabeza.

CAPÍTULO IV

CLAUDINE PASTEUR se puso en pie al verlo reaparecer en el bar, y acudió a su encuentro. Shi Mi hizo una seña al camarero dándole a entender que anotase en su cuenta los cafés y el jugo de naranja, y ambos abandonaron el bar.

Poco después, en el «Morris», pasaban por delante de la Mezquita del Sultán de Johore, que estaba a su izquierda. A la derecha el mar, el Estrecho de Singapur. Unos minutos más tarde, dejaban atrás y a su derecha el Estadio Bádminton, rectos hacia Bedok… En el aire, un reluciente DC-9 se disponía a aterrizar en el aeropuerto de Paya Lebar, unos pocos kilómetros hacia el interior.

—¿Tiene usted negocios en Singapur, señor Lingmar? —preguntó de pronto la muchacha.

Shi Mi, que iba silencioso y pensativo, sin lograr centrar la idea que le tenía preocupado, la miró apaciblemente.

—No, en absoluto.

—Ah… Me pareció que esta entrevista debía ser de negocios.

—A decir verdad, no tengo ni idea de lo que su primo quiere hablar conmigo. ¿Usted no lo sabe, realmente? ¿No sabe nada?

—De verdad que no. ¡Qué misterioso es todo esto!, no le parece?

Claudine lo miró, sonriente. Shi Mi también sonrió.

—Sí, lo es. Imagino que está usted al corriente de los negocios de su primo, señorita Pasteur.

—¡Qué va! No me ha permitido ayudarle en ningún momento. Es un hombre… muy considerado. Cuando le escribí preguntándole si podía venir a pasar unos días a Singapur, me contestó inmediatamente, asegurándome que estaría encantado. No nos habíamos visto desde que yo tenía seis o siete años… A mí me parecía que al venir a Singapur me iba a encontrar un ambiente… de lo más exótico y diferente al de Estados Unidos y Francia, y que eso me haría olvidar lo sucedido más rápidamente…

—Y se encontró usted con que lo único exótico de Singapur, realmente, son los chinos.

—Hay tantos —rió Claudine— que ya ni siquiera son exóticos. Robert me dijo que casi el noventa por ciento de la población de Singapur son chinos.

—¿Nada más el noventa?

Claudine volvió a reír, y Tang Lingmar se quedó mirándola cada vez más atentamente. Era una muchacha deliciosa, sin duda alguna. Tenía exclamaciones y risa tan juvenil que sorprendía. Sus cabellos eran tan negros como los del propio Tang, pero suavemente ondulados…

—¿Por qué me mira tan fijamente? —murmuró ella.

—Porque siempre he mirado la belleza con la máxima atención.

Ella volvió a mirarlo, y sonrió.

—Usted es un hombre muy amable, señor Lingmar. Y tan…, tan extrañamente suave…

—Algunas personas me llaman Shi Mi. Significa «gato», en tibetano. Posiblemente, me llaman así debido a esa suavidad que usted menciona… ¿Nunca oyó hablar de Shi Mi?

—Claro que no —se sorprendió ella—. ¿A qué se dedica usted?

—A lo que se dedican todos los gatos del mundo: a robar comida y a perseguir a las gatitas por los tejados.

—¡Ya veo que no quiere decírmelo! —volvió a rdír Claudine—. Pero no importa… ¡Se lo preguntaré a Robert!

—¿Y por qué ese interés por mí?

—Pues no sé… Me está pareciendo usted una persona extraordinaria. Y sus rasgos no son muy asiáticos, francamente. Casi parece usted de raza blanca.

Shi Mi frunció el ceño.

—Imagino que ha querido halagarme, ¿no es así?

—¿Y no lo he conseguido?

Tang Lingmar no contestó. ¿Halagarle? ¿Por qué motivo.'1 La raza blanca, simplemente, era en la actualidad la que disponía de más recursos en el mundo. Sólo eso. En modo alguno podía decirse que fuese la mejor, de modo absoluto. ¿Con qué fundamento? Quizá años atrás, la raza más poderosa había sido la negra o podía serlo en el futuro. Y lo cierto era que toda la cultura del mundo actualmente conocido procedía de Asia. Allí se había iniciado. Podía haber sido en la India, en China…, o en el Tibet.

—¿Quizá le he molestado? —inquirió Claudine, ante s>u prolongado silencio.

—Claro que no.

Habían dejado atrás Bedok, y estaban cruzando ahora Mata Ikan. Poco después, cruzaban Yan Kit, y en pocos minutos Changi apareció ante ellos. Pero no entraron en dicha localidad. Claudine Pasteur

desvió el coche hacia la derecha, hacia el mar.

—He estado algunas veces en esa casa de Robert —dijo la muchacha—. Es un lugar maravilloso: tranquilo, amplio, con mucha vegetación… ¡Y una playa tan hermosa! Es un lugar donde una persona podría olvidar todos sus sinsabores. No creo que haya usted visto un lugar tan hermoso, señor Lingmar.

Por un instante, como un relámpago, en la mente de Tang Lingmar aparecieron unas grandiosas montañas nevadas, de las que llegaba un viento helado que perforaba el inaudito silencio de las cumbres. Sin embargo, sonrió amablemente, y dijo: —Seguramente.

Claudine Pásteur señaló hacia delante, hacia una casa que estaba rodeada de árboles y arbustos casi hasta el mar, del cual distaba apenas cincuenta metros. La amplia playa de tono claro se rompía en azul… Cuando Claudine detuvo el coche, pareció que todo fuese silencio…, pero enseguida, ambos oyeron el rumor del suave oleaje.

—Hemos llegado, señor Lingmar.

—Así lo entiendo.

Ella se apeó, y Shi Mi hizo lo mismo. El coche había quedado a unos quince metros de la casa. Comenzaron a caminar hacia ésta, uno al lado del otro, en silencio.

Pero apenas dieron media docena de pasos.

De pronto, por los lados de la casa, y de detrás de algunos arbustos, aparecieron varios hombres armados. La mayoría de ellos, llevaban nunchaku, pero la veloz mirada de Shi Mi captó enseguida a los dos que empuñaban pistolas, contra las que habría sido una necedad luchar a aquella distancia.

Su reacción fue tan veloz que sorprendió a todos. Y en primer lugar, a Claudine Pasteur, que todavía tenía en los labios el gritito de sobresalto, de sorpresa: se colocó tras ella, rodeó su cintura con un brazo, y pasó el otro sobre sus senos, para apretarla contra su pecho, de espaldas a él. La muchacha volvió a gritar, e intentó volver la cabeza hacia él, comenzando a preguntar, pero Shi Mi la interrumpió, con tono seco y tranquilo:

—Cállese. No hace falta que siga mintiendo.

Los chinos habían quedado como paralizados, pero reaccionaron al ver que el tibetano comenzaba a retroceder hacia el coche, protegiendo su cuerpo con el de Claudine.

—¡Quietos donde estáis! —advirtió, en chino—. ¡Será ella quien reciba las balas si disparáis!

Continuó retrocediendo, mientras los chinos permanecían indecisos. De pronto, uno de ellos alzó la pistola, y apretó el gatillo. El disparo fue apenas un chasquido; fue mucho más sonora la bala, al pasar por encima de las cabezas de Shi Mi y Claudine, que volvió a

gritar. Shi Mi apresuró el paso hacia atrás, empujó de pronto a Claudine hacia un lado, y, todavía no había terminado ella de caer cuando él ya" estaba dentro del coche, en cuyo contacto habían quedado las llaves. El motor rugió, y Shi Mi puso la primera marcha y arrancó…, directo hacia el grupo de chinos, que corrían ahora en dirección al coche.

Al verlo venir hacia ellos, hubo un movimiento de sobresalto, gritos de susto, y se apresuraron a saltar a los lados de modo que el «Morris» pasó zumbando entre ellos, rugiendo como un pequeño monstruo azul. Desde el suelo, uno de los chinos armado con pistola, disparó contra el coche, y al volante, Shi Mi notó los impactos vibrantes en la carrocería; treno en seco, dio marcha atrás, maniobrando para encararse de nuevo al grupo de chinos, y volvió a poner la primera. Los chinos, que se estaban incorporando rápidamente, volvieron a gritar, y de nuevo tuvieron que apartarse apresuradamente, con expresiones de espanto en sus rostros. '

¡Brrrrrruuuuuuummmmmmm…!, zumbó de nuevo el coche, pasando entre ellos, buscando a uno de los que apuñaban pistola… El hombre elegido gritó más fuerte que los demás cuando un extremo del parachoques golpeó en su rodilla derecha, y lo derribó, lanzando alaridos, soltando la pistola y llevándose las manos al lugar golpeado. El otro chino armado de pistola, de rodillas en el suelo, demudado el rostro, comenzó a disparar…

Se oyó el estampido del neumático al reventar, y el coche comenzó a dar bandazos, se salió del camino de tierra, saltó a la zona de arena, y se empotró allí con tal fuerza que Shi Mi salió despedido hacia delante, y su frente chocó contra el cristal parabrisas, donde rebotó, quedando de nuevo sentado, con los ojos llenos de extrañas telarañas negras que le impedían ver bien. Sacudió la cabeza, la visión se aclaró, y, a través del parabrisas, vio una lancha que se acercaba a la playa.

Fue una visión de sólo un segundo, porque enseguida comprendió que aquello no le interesaba. Respingando, volvió la cabeza hacia la casa, al mismo tiempo que buscaba con la mano la manilla de la portezuela, para abrir ésta…

De pronto, la pistola apareció en el hueco de la ventanilla.

—¡Quieto! —le ordenaron también en chino.

Tang Lingmar reaccionó con aquella velocidad imposible de controlar. Se echó hacia un lado y atrás, y al mismo tiempo que su cabeza quedaba fuera de la línea de tiro, sus manos asieron aquélla que empuñaba

la pistola, por detrás de la cual veía ahora el rostro del chino, que estaba inclinado ante la portezuela.

Plop, sonó el disparo.

Pero, en realidad, no fue el chino quien disparó, sino el propio Shi Mi quien provocó el disparó, al retorcer hacia arriba y un lado la mano armada. Se oyó un crujido, la mano quedó con el dorso casi tocando la muñeca, y, un poco más allá, el rostro del chino pareció descomponerse, deshacerse, en la distorsionada muestra de dolor terrible que, desde su mano rota, salió en veloz recorrido por el brazo hacia los centros nerviosos. El chino abrió la boca…, pero Shi Mi se la cerró al tirar de la mano, atrayéndola con tal fuerza que varios dientes del otro se rompieron cuando su rostro se estrelló contra el montante de la portezuela.

Tang Lingmar arrebató el arma de los inertes dedos, empujó la portezuela, salió velozmente del coche…, y se lanzó hacia delante, rodando por la arena, esquivando el silbante nunchaku, que fue a dar en el coche, produciendo una notable abolladura.

El tibetano se puso en pie, empuñando la pistola, y los demás chinos que se disponían a atacarlo, quedaron inmóviles. Uno de ellos comenzó a gritar, y la mirada de Shi Mi fue hacia el chino que había derribado con el coche, y que había dejado de gritar para comenzar a arrastrarse rápidamente hacia donde había dejado caer su pistola.

Para asombro de todos, Shi Mi comenzó a correr hacia aquel hombre. Este llegó enseguida junto al arma, la empuñó, se sentó en el suelo, y, crispado el rostro ’todavía por el dolor, buscó al tibetano con la mirada.

El sobresalto del hombre fue terrible.

Shi Mi no estaba ahora corriendo hacia él, sino volando. Volando a más de dos metros de altura, en un salto increíble, encogidas las piernas, tendidas las garras hacia delante, mostrando las palmas… Pero, antes que el Gato, al chino le llegó su aliento vital el sonoro Kiai…

—¡OOOOooooOOOO…!

Plop, plop, plop, disparó el chino, precipitadamente, con mano temblorosa. Tan temblorosa, que las balas se perdieron hacia el mar…, mientras Shi Mi pasaba

volando por encima del chino, y disparaba una de sus piernas, ya descendiendo del alucinante salto.

¡Crash!, crujió la cabeza del chino, que fue empujado fortísimamente hacia atrás por el tremendo impacto en su frente. Allí; rebotó, en el suelo blando, y quedó inmóvil…, mientras el Gato, tras la suave caída sobre los dos pies, se volvía, regresaba hacia el chino en el acto, y recosía su pistola, con lo que se encontró con un arma en~ cada mano. Su mirada, de nuevo siniestra, fue hacia el grupo de chinos armados con nunchaku, cadenas, cuchillos… Los chinos, al ver las pistolas en las manos de Shi Mi, comenzaron a retroceder, mirándole con expresión desorbitada.

Y su sorpresa no tuvo límites cuando el tibetano se volvió hacia la casa, y una tras otra, tiró las dos pistolas al tejado. Se volvió de nuevo hacia ellos, y les hizo un gesto con la mano derecha; un gesto lento, la mano crispada…

—Venid —dijo—. ¡Venid en busca de Shi Mi! ¿Acaso no me estabais esperando? ¡Venid!

Hubo un cambio de desconcertadas miradas entre los chinos. Y casi enseguida, una serie de pérfidas sonrisas. Los nunchaku comenzaron a silbar en el aire, acercándose a Shi Mi. Este se inclinó, se subió los pantalones dejando ver las pantorrillas, en cada una de las cuales llevaba sujeto un nunchaku con tiras de esparadrapo, y los despegó de sendos tirones, irguiéndose rápidamente, con un nunchaku en cada mano. Los chinos habían vuelto a detenerse, y los nunchaku habían dejado de silbar.

—Venid —insistió Shi Mi—. ¡Venid todos, vamos!

Súbitamente, todos a una, los chinos se lanzaron al ataque, enfurecidos por el desafío, por la arrogancia del tibetano, que comenzó a voltear sus nunchaku, requisados la noche anterior. Había hecho muy bien en no confiar en la muchacha, y aceptar el juego: ya había sido suficiente con un golpe en la cabeza.

La pequeña horda se extendió, formando un semicírculo que comenzó a cerrarse por detrás de Shi Mi…, pero en vano, porque éste dio un salto, pasó por encima de las cabezas de los hombres que tenía enfrente, y los nunchaku silbaron al mismo tiempo, uno hacia cada lado… ¡Shiu-shiu!, sonó el trallazo en el aire, seguido de los chasquidos de los bastones hexagonales de roble contra sendas cabezas. Un instante más tarde, el gato caía tres metros más allá, vuelto ya hacia sus enemigos, que estaban lívidos, petrificados…, menos los dos que yacían de rodillas, con las manos en las sangrantes cabezas.

—Venid —insistió Shi Mi—. ¡Venid! ¿No queréis venir? ¡Pues ya voy yo!

Blandió de nuevo los nunchaku y comenzó a acercarse a ellos. Uno de los chinos acudió a su encuentro, blandiendo su bo-jo como una lanza… No tuvo tiempo de nada. Una pierna de Shi Mi apareció por entre los nunchaku, y el pie fue a dar, piano, en el pecho del hombre, derribándolo dos metros más allá como fulminado. Shi Mi continuó avanzando, lanzando golpes de nunchaku a diestro y siniestro, disparando sus piernas, que parecían de acero con extrañas rótulas que le permitían moverse en las más inverosímiles posturas y direcciones. Otro chino cayó de espaldas, con la nariz rota, y otro lanzó un berrido cuando un pie de Shi Mi se hundió en su vientre, como una maza…

—¡Aguanta, Shi Mi! —llegó la voz, desde la playa—. ¡Aquí

estamos!

El más sorprendido fue realmente el tibetano, que se detuvo, y volvió la cabeza hacia la playa, lanzando hacia allá el siniestro rayo negro de sus ojos… También los chinos miraron hacia la “playa, y vieron al grupo de hombres que llegaban empuñando armas como las de ellos, tensos los rostros, de resuelta expresión combativa…

Ya no hubo más vacilaciones. Todos a una, los chinos echaron a correr tierra adentro, desapareciendo rápidamente entre la vegetación, unos cojeando, otros con las manos en la cara, otros salpicando sangre a todos lados…

—¡Tseng Ya! —gritó Shi Mi—, ¡Quiero a uno vivo!

—¡Id tras ellos! —gritó el anciano chino, que llegaba corriendo detrás de sus hombres, jadeando; señaló a Claudine—, ¡Y traed a ésa…!

Excepto dos hombres, que sujetaron a Claudine por los brazos y la pusieron en pie, los demás desaparecieron en pos de los fugitivos. Tseng Ya se detuvo delante de Shi Mi, al mismo tiempo que Claudine era colocada también delante del tibetano. La muchacha estaba muda de espanto, como alucinada, contemplando a Tang Lingmar con ojos desorbitados.

—¡He hecho bien en no confiar en Wang! —exclamó Tseng Ya—. ¡Ha utilizado a esta mujer para tenderte una trampa!

—No…, no es cierto —tartamudeó Claudine—, ¡No sé lo que siginfica…!

Se calló cuando Shi Mi alzó ambas manos, pidiendo silencio, tras tirar los nunchaku a un lado. El tibetano cerró los ojos, y de su pecho brotó, como un murmullo, el suave «OOÜooOOOOOOOOOoooo»… Abrió los ojos, suspiró profundamente, y miró a Claudine Pasteur, cuyo terror desapareció al ver la calmada, incluso suave expresión de los ojos de Shi Mi.

—¿Usted no sabía nada de esto, señorita Pasteur?

—¡Claro que no!,

—En ese caso, quizá va a insistir en que su primo le pidió que me trajese aquí para una entrevista amistosa a fin de intentar un acuerdo.

—Sí… ¡Por Dios, claro que es así!

—Soltadla —hizo Shi Mi un gesto a los dos chinos—. Y recoged todas estas armas. Vamos a la casa, señorita Pasteur.

—Espera —respingó Tseng Ya—. ¡Wang puede haber tendido otra trampa ahí dentro!

—Si así fuese, ya habría funcionado antes de que vosotros llegaseis. O quizá, precisamente, al llegar vosotros. Vamos a la casa.

La puerta estaba cerrada, pero Claudine Pasteur tenía una llave, así que entraron sin dificultad. Dentro de la casa no había nadie, todo

estaba en orden y en silencio. Claudine Pasteur, sentada en un sillón de cañas de bambú, miraba con pasmo creciente al tibetano.

—Naturalmente, no vamos a creerla —refunfuñó Tseng Ya.

Claudine miró al viejo chino, y de nuevo a Shi Mi, que se había sentado en otro sillón de caña de bambú.

—Yo… no sé lo que está pasando, señor Lingmar, pero… le… aseguro…

—Está bien, señorita Pasteur. Las palabras no significan nada en estas circunstancias, así que no se moleste.

—¡Pero yo le estoy diciendo la verdad! ¡Robert me envió a recogerlo a usted, y no sé nada más!

—Deberíamos cortarle la lengua —gruñó Tseng Ya.

El susto de Claudine fue mayúsculo, y decidió no decir nada más, quizá en un intento de que el viejo chino se olvidase de su lengua.

Muy pronto, regresaron los hombres de Tseng Ya, mohínos.

—Nunca he visto a nadie correr así —farfulló uno de ellos—. ¡Era como si hubiesen visto a los demonios!

—Según parece, vieron por lo menos a uno —casi sonrió Tseng Ya —. Bien, mala suerte. ¿Para qué querías vivo a uno de ellos, Shi Mi?

—No podemos estar seguros de que la señorita Pasteur sepa más de lo que dice —murmuró el tibetano—. En cambio, esos hombres sí debían saber la verdad.

—Los dos de afuera están muertos —dijo uno de los que se habían quedado—: Uno tiene la frente partida, y el otro el cuello roto.

Shi Mi no contestó. Permaneció sentado, con expresión ausente. Por fin, miró a Tseng Ya.

—Ocultad esos cadáveres. ¿Tienes algún sitio adecuado para llevar a la señorita Pasteur?

—Desde luego.

—Pero.. ¿Van a secuestrarme? —gimió la muchacha.

—Claro que no —la miró amablemente Tang Lingmar—. Sólo la invitamos a pasar unas horas con nosotros, señorita Pasteur. Espero que no sea usted tan descortés de rehusar una invitación.

—Señor Lingmar, yo…, yo no sé nada de todo esto… No entiendo nada, estoy asustada… ¡Por favor, déjeme marchar!

—No.

Poco después, todos emprendían el regreso a Singapur, en la lancha de Tseng Ya. Atrás quedaba un coche hundido en la arena, dos pistolas en un tejado…, y en la lancha llevaban los cadáveres de los dos hombres que las habían empuñado. Cadáveres que, como los ae ia noche anterior, fueron arrojados al mar.

—No te sientes satisfecho, ¿verdad…? —murmuró Tseng Ya.

Todavía con la mirada fija en las aguas que se habían cerrado sobre los dos bultos, Tang Lingmar musitó:

—En absoluto.

—Bien… Debes entender que no eran buena gente, Shi Mi. Y no todo es malo en esto: tenemos ya los cien mil dólares que te ofrecimos. Yue se ha encargado de reunirlos, y te los entregará cuando quieras. Consuélate pensando que estás ganando un dinero cuyo destino será respetable y caritativo. Eso es bueno. En cambio…, ¿qué había de bueno en esos hombres?

—Supongo que nada —intentó sonreír Tang Lingmar.

—¿Quieres que llame por el radioteléfono a Yue, para que nos espere con el dinero? Se me ocurre algo mejor: podrías venir a casa a almorzar, y allí Yue te entregaría el dinero. Es más discreto que hacerlo en la calle.

—Pero ¿será discreto que me vean con vosotros?

—A estas alturas —encogió los hombros Tseng Ya—, Yuho debe saber ya perfectamente quiénes estamos iniciando la lucha contra él: tu presencia en mi casa no cambiará nada. En cambio, espero proporcionar algo de felicidad a alguien.

* * *

A este respecto, no hubo la menor duda. Desde que llegó a la casa de Tseng Ya, Shi Mi no consiguió permanecer alejado de Ping Ya, cuya expresión era radiante. Los Ya vivían en una casita baja, cerca del Jardín Botánico, en compañía de una vieja china que servía de todo, desde cocinera a camarera. Al menos, así era cuando en la casa solamente estaban padre e hija, pero, al ser citado allí Yue, y acudir Shi Mi, la propia Ping colaboró con la vieja Liang, obligando a Tang Lingmar a ir con ella casa arriba y abajo ayudándola a ella a su vez.

No era muy grande la casa de los Ya, pero sí confortable, y, por supuesto, amueblada al estilo europeo, aunque con algunos detalles chinos de buen gusto. En la parte de atrás tenía un pequeño jardín con un diminuto estanque en el que nadaban diminutos peces de bellísimos colores, y que Ping Ya había mostrado al tibetano.

—¿Te gustan?

—Mucho.

—¿Y yo? ¿Te gusto yo, Shi Mi?

—Más que los peces —sonrió él.

Ping se colgó de su cuello, y le besó en la boca, con tal pasión que Shi Mi se inquietó un poco. Ping le tomó una mano, y se la puso sobre un seno, de modo que Shi Mi notó el fortísimo latir del joven corazón.

—¡Te amo tanto, Shi Mi! ¿Te quedarás después de almorzar?

—Pues…

—Por favor, quédate… ¡Por favor, por favor…! Mi padre te invitará a dormir la siesta en casa, y te destinará una habitación. Y yo te estaré esperando en ella…

—¿Quieres decir que tu padre sabe que ayer…?

—¡No! —rió Ping—. ¡Pero eso no importa!

—Ping, las cosas son diferentes. Ayer, cuando estuvimos juntos, yo no sabía realmente a qué atenerme con respecto a ti. Pero ahora sí sé quién eres y cómo eres, y creo… que no debemos…

Ping Ya volvió a besarlo, mientras emitía un gemidito, apretándose contra él. Luego, susurró:

—Te amo… ¡Te estaré esperando en el cuarto de los invitados predilectos!

Después de esto, durante la comida, Ping le había estado mirando sonriente, resplandeciente. Y aunque su padre, la vieja Liang, y también Yue no pudieron dejar de darse cuenta, la situación fue… ignorada muy cortésmente.

—Yo creo —dijo Yue— que lo mejor sería enviar el dinero directamente fuera de Singapur, Shi Mi. Podría encargarme de ello, si lo prefieres así. Sólo dime a quién debe llegarle, y dalo por hecho.

—No, no… Gracias.

—¡Pero qué gracias…! —rió el viejo Yue—. Es sólo una cuestión de seguridad. A mí me parece eso mucho más conveniente que depositarlo en tu hotel. ¡Son cien mil dólares americanos en efectivo!

—Espero saber cuidar de ellos.

—Bueno, nadie duda eso —refunfuñó Yue—. Sólo intentaba ser útil de algún modo. Pienso que el dinero puede viajar en cualquiera de los barcos de nuestro grupo y llegar a su destino sin contratiempos.

—Yo me las arreglaré —sonrió Shi Mi—. ¡Exquisita Fu-Youn, Liang!

La anciana se inclinó, sonriente, mientras Tseng Ya, casi riendo, dijo:

—Es sólo una tortilla.

—Con gambas —recordó Shi Mi—. Y de todos modos, una tortilla bien hecha es una obra digna de elogio.

Cuando el almuerzo terminó, Ping Ya ayudó a Liang a recoger el servicio, y las dos desaparecieron hacia la cocina. Tseng Ya bajó la cabeza y murmuró:

—Espero que aceptes mi invitación para dormir la siesta, Shi Mi.

—Lo agradezco mucho, pero no. Quiero dejar cuanto antes el dinero en el hotel, y también tengo algunas pequeñas cosas que hacer… Ya nos veremos. Y ahora, si me disculpáis… Despedidme de Ping, por favor.

La rápida marcha de Tang Lingmar no sorprendió demasiado a los dos viejos, que permanecieron unos segundos en silencio. Por fin, Yue musitó:

—Es un buen muchacho, ¿verdad?

Tseng Ya lo miró ceñudamente y gruñó:

—Shi Mi es un hombre desde hace muchos años, Yue… Desde hace muchos más años de lo que tú piensas…

CAPÍTULO V

TANG LINGMAR se apeó del taxi delante del hotel, y entró en éste decidido, desde luego, a dormir la siesta. Ping se había apasionado por él de un modo que te inquietaba. Ella era demasiado joven, y ahora que la conocía bien, y sabía que ella se lo tomaba en serio, no debía alentarla, porque…

—¡Señor Lingmar!

Shi Mi desvió su marcha hacia el lado del vestíbulo donde había algunos sillones y una mesita con periódicos y revistas. En uno de los sillones, la rubia y espléndida Sarah Weston, que le había llamado, le sonreía ahora, todavía agitando una manita.

—¿Qué tal, señorita Weston? —saludó el tibetano—. ¿Lo ha pasado bien esta mañana?

—Me parece que menos que usted. Le vi salir con una joven encantadora.

—Oh, sí… Bien, era sólo una relación de negocios, así que como comprenderá, la diversión no ha sido mucha.

—Claro. ¿No viene ella con usted?

—Hemos terminado el negocio —sonrió Shi Mi—. ¿Para qué podía yo necesitar ya a la señorita Pasteur?

—Fantástico —rió Sarah Weston—. ¿Quiere decir que no sabría usted qué hacer con una mujer?

—La verdad es que no estoy muy seguro. ¡Se pueden hacer tantas cosas con una mujer!

—¿Por ejemplo?

—Desde amarla, a matarla, ponga usted en medio lo que se le ocurra.

—Yo no soy hombre, así que no tiene por qué ocurrírseme nada. ¿Qué se le ocurre a usted?

—Se la puede invitar a café, por ejemplo. ¿Ha almorzado usted ya, señorita Weston?

—Así es. Y hasta he tomado café.

—Vaya, lo siento. La habría invitado con mucho gusto. Hace un

calor terrible, ¿no le parece?

—Yo creo que no demasiado, pero mi piel no es la suya.

—En efecto… Me temo que mi piel es de elefante, y la suya de seda. Me pregunto si su piel soportaría temperaturas de treinta y cuarenta grados centígrados bajo cero.

—¡Qué horror! —respingó Sarah—. ¡No está usted hablando en serio, claro!

—Claro. Bien… ¿Me permite? Quizá más tarde nos veamos, y pueda invitarla a algo.

—¿Por qué tiene usted tanta prisa?

—Le diré la verdad: tengo algo que hacer, y luego pienso ducharme y dormir una siesta. Ha sido un día pesado para mí.

—Pues lo siento.

Shi Mi sonrió, y saludó con una mano.

—Hasta luego.

Fue a conserjería, donde depositó el sobre que contenía cien mil dólares. Por supuesto, cerrado convenientemente y envueltos los billetes de tal modo que era difícil adivinar de qué se trataba. El conserje, de todos modos, no demostró el menor interés. Guardó el sobre en la caja fuerte del hotel, entregó la llave y el recibo a Shi Mi, y eso fue todo.

Unos quince minutos más tarde, cuando Shi Mi había terminado de ducharse y se estaba secando, sonó la llamada a la puerta de la habitación. Quedó inmóvil, interrogante el gesto. De pronto, un destello divertido pasó por sus ojos. Se colocó la toalla a la cintura,

| y fue a abrir… Simuló una discreta sorpresa al ver ante la puerta a Sarah Weston, y un poco más al | observar que llevaba puesta solamente una diminuta | camisita de lo más delicioso.

—Perdone que le moleste, señor Lingmar —sonrió ella—. Yo también me disponía a dormir la siesta, pero, cuando he querido fumar un cigarrillo, me he dado cuenta de que he olvidado mi encendedor en el comedor. ¿Podría darme fuego?

—Cómo no… Pase, por favor.

Sarah entró, el tibetano cerró la puerta, le pasó un brazo por la cintura, y la llevó hacia la cama. La sentó allí, y sonrió cuando ella alzó los hermosos ojos azules hacia él. Sin dejar de mirarla, tomó una carterita de cerillas que había en el cenicero del hotel, y que, con el nombre de éste en la solapa, estaba en todas las habitaciones, naturalmente. Obsequio de la casa.

Sarah encendió el cigarrillo, Shi Mi apagó la cerilla, la dejó en el cenicero y comentó:

—Lleva usted una camisita preciosa, señorita Weston.

—¿Le gusta? —exclamó ella—. Es una pura caricia… Deslice sus

dedos y podrá comprobarlo.

—Caramba —movió la cabeza Shi Mi—. No me gustaría que usted pensase que pretendía aprovecharme del momento para propasarme.

—¡Oh! Me parece que tiene razón. Pero no se preocupe: ya tengo la solución.

La rubia dejó el cigarrillo en el cenicero, se quitó la camisita, y la tendió a Tang Lingmar, que pasó una mano por la, en efecto, finísima ropa.

—Es tan fina que dudo que haya nada más fino en el mundo.

—Pues te equivocas —susurró ella, poniéndose en pie.

Tomó una mano de él, y la atrajo. Tang Lingmar asintió, y se quedó mirando los grandes ojos azules que le sonreían.

—Todos nos equivocamos alguna vez —musitó.

—Yo no —musitó también Sarah Weston, alzando su boca trémula hacia la de Shi Mi.

* * *

—¿No piensas levantarte? —preguntó Shi Mi.

Sarah se estiró lánguidamente en la cama.

—¡Se está tan bien aquí…! Además, no entiendo por qué siempre tienes prisa.

—No es exactamente prisa: sólo son cosas que debo hacer.

—¿Puedo acompañarte?

—No.

—¿Cenaremos juntos?

—No lo sé —Shi Mi le tiró la camisita encima—. Toma, «vístete», y vuelve a tu habitación. Tengo que entregar la llave de ésta antes de salir del hotel.

—No es (ninguna obligación —refunfuñó Sarah—. Ya la entregaré yo.

—¿Vas a quedarte aquí?

—No tengo prisa. Claro que si temes que te robe algo…

Ya vestido completamente, Tang Lingmar fue a sentarse en el borde de la cama y acarició la fina piel de la británica, sonriente.

—Puedes hacer dos cosas. Una, quedarte aquí esperándome. Dos: salir cuando quieras, y dejar mi llave abajo, pero de modo que no se den cuenta de que la dejas tú, ¿comprendes?

—Sí. Tomaré una de esas decisiones. ¿Por qué no puedo acompañarte? ¿Vas a ver a Claudine Pasteur?

Tang Lingmar quedó en verdad atónito.

—No me digas que tienes celos.

—Soy una tigresa en esas cuestiones.

—Pues me ganas: yo sólo soy un gatito… Hasta luego.

Ella le asió cómicamente de una oreja, y le obligó a inclinarse y a besarla. Luego, cuando ya Shi Mi estaba ante la puerta, musitó:

—Me parece que te esperaré aquí.

—Feliz estancia.

Shi Mi abandonó su habitación, bajó al vestíbulo y lo cruzó tranquilamente, bajo la expectante y un tanto desconcertada mirada del conserje, que, naturalmente, no osó pedirle la llave. El cliente siempre tiene razón.

En un taxi tardó sólo quince minutos en llegar ante la casa de Lo Yuan, en Pasing Panjar, cerca "del Singapore River, cuyo diminuto caudal no era precisamente una maravilla. El taxi se alejó, y Shi Mi se quedó mirando la casa. Era más o menos como podía imaginarse: grande, bastante ostentosa, un tanto anticuada.

Había grandes árboles en el jardín, y un estanque rodeado de arbustos de flores… Y un hombre de raza china, que, al otro lado de las verjas, lo miraba fijamente.

El tibetano se acercó a él y dijo:

—Soy Shi Mi. Ve a decirle a Lo Yuan que le agradecería que me recibiese. No vengo armado, ni busco pelea. Sólo quiero hablar. Pero dile —sonrió simpáticamente— que si no me recibe voy a enfadarme.

El chino, que había quedado un poco demudado, vaciló, pero de pronto dio media vuelta, y se alejó hacia la casa. Shi Mi le vio entrar en ella, sacó el paquete de cigarrillos, se puso uno en los labios, frunció el ceño y lo guardó. En aquel mismo momento decidió dejar de’ fumar para siempre.

El criado chino salió de la casa…, seguido de tres más, que se quedaron por allí, como quien no quiere la cosa. Shi Mi se limitó a sonreír… Y sonrió de nuevo cuando pasó cerca de ellos, en pos del chino que le había franqueado la entrada. Entraron en la casa, y el tibetano tuvo un ¡resto de sorpresa ante la visión de aquel lujo nunca tan bien llamado asiático. Reaccionando, siguió al criado, que abrió una doble puerta que daba al vestíbulo.

Tang Lingmar entró en un salón cuyo lujo era superior al del vestíbulo. Y enseguida vio a Lo Yuan. Supo que era él porque era el único que estaba sentado; los otros dos hombres estaban de pie, mirándolo con sorpresa y desconcierto. Lo Yuan se puso en pie. Su aspecto no podía ser más occidental en lo accesorio, pero, sólo con ver los ojos negros y pequeños fijos en él, Shi Mi supo que estaba ante un auténtico chino, un genuino representante de la raza más odiada por los tibetanos. En la expresión de Lo Yuan había curiosidad y desprecio.

—Buenas tardes —saludó el tibetano— ¿Es usted Lo Yuan?

—Efectivamente. Registradlo.

Los dos chinos bien vestidos y serios que estaban allí para proteger la integridad física de su amo, se acercaron a Shi Mi, que alzó un poco los brazos, colocando las palmas hacia Lo Yuan, como si lo enfocase con ellas. A cinco o seis metros de distancia, Lo Yuan se quedó mirando aquellas manos, que parecían de bronce…

—No lleva nada —dijo uno de los guardaespaldas.

—Os equivocáis —sonrió Lo Yuan—. El señor Lingmar lleva dos armas que tiene bien ante nuestra vista. Dos armas peligrosísimas. ¿No es así, señor Lingmar?

—Es discutible —replicó éste.

—¿Discutible?

—Muy discutible. Y debo agradecerle que me haya ayudado a comprender las palabras de una persona que goza de todo mi afecto. En efecto, tengo dos armas…, pero sólo harán daño cuando yo quiera que lo hagan. Y, al contrario, puedo utilizarlas para hacer cosas buenas. De todos modos, no tengo dos armas, sino una. Sólo una.

—No veo que sea manco.

—El arma a que me refiero soy yo mismo, todo es una pieza. Puedo hacer daño con tantas partes de mi cuerpo que quizá consiguiese causarle sorpresa.

—Entiendo. Está bien, Shi Mi. ¿Qué es lo que quiere?

—Ya conocemos todos la situación, así que no vamos a entrar en detalles. Pasaré directamente a mi proposición: póngase de nuestro lado, y entre todos eliminaremos a Yuho y todo volverá a ser como antes. Lo que quiere decir, que cada persona podrá ocuparse de sus asuntos, dejar en paz a los demás, y que cada cual consiga lo que sea capaz de conseguir con su inteligencia, su esfuerzo y su trabajo. ¿Queda clara mi proposición?

—Si eso es todo lo que tiene que decir, ya puede marcharse.

—¿No acepta el diálogo?

—No hay diálogo nunca entre el fuerte y el débil. Adiós, Shi Mi.

—No se subestime, Lo Yuan. Todos podemos ser fuertes. Además, ya le digo que contaría usted con mi ayuda.

—¿Quiere usted decir, con eso, que considera que el fuerte es usted…, y que yo soy el débil? —exclamó.

—Naturalmente. Pero ya le digo que estoy dispuesto a ser comprensivo.

—Fantástico… Usted es sólo una hormiga para nosotros, pero tiene el insensato orgullo tibetano de venir aquí a decir que está dispuesto a tratarnos con benevolencia. ¿Ni siquiera admite que en este mismo momento puedo ordenar su muerte?

—Hágalo.

Los dos guardaespaldas miraron interrogantes a Lo Yuan, que ignoró el gesto, sonriendo de pronto.

—Vamos a hacer el trato al revés, Shi Mi —dijo—. Dígame quién le ha enviado a ayudar a esos desdichados, y le admitiré a mi lado, con buen sueldo, buen trato y una vida confortable.

—Usted quiere conocer el nombre de la persona que me ha enviado a Singapur… ¿Por qué? ¿Para qué?

—No nos gustan las personas que, de un modo u otro, tienen la~ osadía de oponerse a nuestros proyectos. Todas esas personas, sean quienes sean, deben esfumarse.

Los párpados de Shi Mi se entornaron. La idea volvió a rondar en su mente. Una idea inconcreta, que no conseguía retener, concretar.

—Lamento que no nos hayamos entendido —susurró—, Adiós, Lo Yuan. Ah, otra cosa: dígale a su amigo Robert Wang que su prima Claudine le envía recuerdos. Si quiere más noticias puede llamarme al Malauia Hotel.

—¿Y por qué no se lo dice usted mismo?

—Porque Wang ha desaparecido, y no tengo la menor idea de dónde encontrarlo.

—Si no está en su casa, estará atendiendo sus negocios.

—No. Me tendió una trampa en Changi, le falló, y parece que ha decidido ocultarse. Cualquiera diría qué me tiene miedo.

—¿Wang le tendió una trampa?

—No me diga que no está enterado de lo que ocurrió esta mañana en la playa de Changi.

—No sé de qué está hablando. En cuanto a Wang, estoy seguro de que se le puede localizar fácilmente.

—Me gustaría mucho hablar con él. Si usted lo localizase para mí, le quedaría muy agradecido. Le voy a dar un aliciente: póngame en contacto con Robert

Wang, y a cambio yo contestaré a una sola pregunta que usted me haga.

Los ojos del chino quedaron prácticamente ocultos tras los gruesos párpados. De pronto, fue a sentarse ante la mesita baja donde estaba el teléfono, marcó un número, y preguntó por Robert Wang… Ciertamente, Lo Yuan no iba a arruinarse por aquel gasto de teléfono, pero, cuando seis o siete minutos más tarde, colgó el auricular tras varias llamadas, podía decirse que había tirado su dinero.

—Ya sabe dónde estoy, Lo Yuan, por si decide conversar de nuevo a su nivel adecuado. Adiós.

—¿Realmente piensa que va a salir vivo de aquí?

Shi Mi, que había iniciado la marcha, se detuvo, volviéndose.

—Tengo la impresión —sonrió— de que está usted deseando una demostración de fuerza por mi parte… ¿No es eso? Puedo hacerle dos en pocos segundos.

—¿Dos demostraciones de fuerza en pocos segundos? —sonrió Lo Yuan—. ¡Me gustaría verlo, en efecto!

El tibetano se encaró directamente al chino, se quedó mirándolo con fijeza, y su boca se ahrió ligeramente, mientras se percibía una cierta tensión en su cuerpo.,. El desconcierto de Lo Yuan duró muy poco: de pronto, se llevó las manos a la oreja, retrocedió un paso, giró sobre sí mismo como una peonza un par de veces, y cayó de rodillas al suelo. Cuando, un instante después, se sentó, Shi Mi tenía la boca completamente cerrada, estaba relajado…, y parecía no darse cuenta de que los dos guardaespaldas le estaban apuntando con sus pistolas, irritados e indecisos.

—Quietos —jadeó Lo Yuan—. No ha sido nada.

—Por esta vez, en efecto, no ha sido nada —dijo sosegadamente Shi Mi—. Me he limitado a derribarlo con mi Kiai silencioso. La próxima vez, nuestro encuentro no será tan suave, lo siento.

Lo Yuan se puso en pie, crispado el rostro por una expresión colérica, pero supo contenerse, no exteriorizarla demasiado.

—Es una demostración de fuerza que no sirve de nada —gruñó—. Ahora voy a hacerle yo una demostración de la mía: matadlo.

—Un momento —alzó una mano Shi Mi—. Hemos convenido que yo le haría dos demostraciones de fuerza, no una sola. ¿No quiere conocer la segunda?

—¿Cuál es?

Shi Mi alzó un poco la manga de su chaqueta, echó un vistazo al reloj de pulsera y dijo:

—Si dentro de siete minutos aproximadamente, no me he asomado a la puerta de su casa haciendo un gesto que significa que la conversación ha sido aceptada por usted, o bien no he salido de esta casa, temo que un minuto más tarde estaría ardiendo por los cuatro costados…, con usted dentro, claro.

—¿No ha venido solo? ¿La casa está rodeada por amigos suyos?

—Espero que le parezca suficiente fuerza,

—Está mintiendo.

Shi Mi sonrió y se sentó en uno de los sillones. Los tres chinos se quedaron mirándolo, pero el tibetano los ignoraba completamente; era como si se hallase solo en aquel salón. Pasó un minuto. Dos. Tres…

—Está bien —murmuró de pronto Lo Yuan—. Acompañadlo a la puerta. Y no vuelva por aquí, Lingmar.

—Si vuelvo —deslizó Shi Mi, poniéndose en pie—, será en unas condiciones que bien poco me importará que a usted le guste o no le

guste que entre en su casa.

Dos minutos más tarde, se alejaba, por Johore Street. Y poco después, todavía sin haber conseguido «capturar» aquella idea que rondaba su mente, se metía en una cabina telefónica. Estaba desconcertado también por el hecho de que Lo Yuan no supiese que Robert Wang le había tendido una trampa en la playa. ¿Qué podía significar esto? Decidió llamar a Tseng Ya, para ver si podían verse y cambiar impresiones aí respecto.

Pero el teléfono no contestaba en la casa de Tseng Ya, así que llamó a sus oficinas de consignación. Allí tampoco estaba, pero le dieron tres números en los cuales podía intentar localizarle. Tampoco estaba en ninguno de esos números… ¿Y si se había ido con Yue, después de dormir ambos la siesta en la casa de Tseng Ya? En el plano que le había entregado éste, localizó

el domicilio y el número de teléfono de Yue, en caracteres diminutos, y de nuevo utilizó el teléfono.

Yue sí estaba en su domicilio.

—Yue, soy Shi Mi. ¿Está Tseng Ya contigo?

—Vaya… ¿Se te ocurre dónde puede estar?

—¿…?

—Hombre, claro que he llamado a su casa. Y a su despacho, donde me han dado varios números de teléfono, pero no hay modo de localizarlo.

—¿…?

—¿En mi hotel? ¿Qué tendría que hacer Tseng Ya allí?

—Ah. Bueno, sí, quizá… Gracias. Es una buena idea. ¿Sabemos algo del paradero de Robert Wang?

—Todavía no. Bien, que sigan buscando. Hasta luego.

Colgó y reflexionó unos segundos antes de llamar al hotel. Sí, quizá Tseng Ya se había enterado de algo, había llamado al hotel, y al decirle que él no estaba, quizá presionado por Ping, habían decidido ir los dos allá. Pero entonces, ¿por qué no contestaba Liang, dándole el recado?

—Soy Tang Lingmar. ¿Hay alguien esperándome en el hotel?

—¿Mi baúl? ¿Qué baúl?

—Bien… Bueno, voy para allá.

Pasmoso.

Acababan de decirle que había llegado al hotel su baúl, y que lo habían subido a su habitación, naturalmente.

Pasmoso, porque él no tenía ni había tenido nunca ningún baúl. ¡Y lo habían subido a su habitación…! Cómo habían entrado, si la llave la tenía Sarah…? Claro, con una llave maestra del hotel, pero eso significaba que quizá habían sorprendido allí dentro a la muchacha…

CAPÍTULO VI

—HOLA —le sonrió ella al verlo llegar—. Te estaba esperando, ¿Has terminado tu trabajo?

—¿Qué ha pasado? —se sentó Tang Lingmar a su lado, en uno de los sillones del vestíbulo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde?

—¿No estabas en mi habitación cuando han subido el baúl?

—¿Qué baúl?

—Olvídalo —se tranquilizó el tibetano—. Entiendo que no estuviste mucho rato en mi habitación.

—Apenas unos minutos. Realmente, era ya un poco tarde, así que decidí regresar a la mía, arreglarme, y disponerme a esperarte por aquí. La llave la dejé sobre el mostrador… ¡Nadie se dio cuenta!

—Está bien. Adiós, Sarah.

—¿Te vas? —respingó ella—. ¡No me digas que vuelves a tener prisa!

—Volveré dentro de unos minutos —sonrió Shi Mi—. Espérame aquí.

Fue a conserjería, pidió la llave de su habitación y subió. Cuando entró, lo hizo con cierto recelo. Se quedó mirando el baúl, que había sido colocado cerca del armario… Cerró la puerta y se acercó. Había un portatarjetas de piel, en el cual había una cartulina con su nombre, escrito en mayúsculas. No había duda: Tang Lingmar, Malasia Hotel, Singapur.

Por supuesto, no tenía las llaves, pero, aunque las hubiese tenido, habría tardado el mismo tiempo en abrirlo esto es, no menos de cinco minutos, hasta que quedó convencido de que no había trampa alguna. El problema para abrirlo habría sido grande si, de pronto, no hubiese pensado que no tenía sentido enviarle un baúl que no podía abrir. Palpó con los dedos el j estuche de piel donde estaba la cartulina con su nombre, y notó el abultamiento de la llave. Solamente él, que sabía que no tenía llave alguna, podía molestarse en buscarla; las demás personas que viesen el baúl cerrado, sólo podían pensar que las llaves,

con toda lógica, las tenía el propietario del baúl, y, por otra parte, puesto que salvo quienes se lo habían enviado | sólo lo habían tocado los empleados del hotel, era poco probable que hubiese interés en abrirlo…

El sí lo abrió.

Dentro del baúl había una gran bolsa de plástico.

Y dentro de la gran bolsa de plástico, un cuerpo humano.

Tang Lingmar veía el rostro del hombre como distorsionado, debido a las arrugas del plástico. Con unos | clavos y unas tiras de piel habían sujetado la bolsa de modo que no se movía dentro del baúl; incluso habían colocado rellenos con tela de saco en algunos puntos.

Shi Mi desenrolló el cordón que cerraba la boca del saco, y abrió ésta cuanto pudo. El cadáver ya olía mal. Estaba tan rígido que tuvo que mover todo el cuerpo para poder volverle la cara lo suficiente para verla de lleno. Era un chino de unos cuarenta años, de facciones muy correctas, cabellos un tanto ondulados… ¿Ondulados un chino…? Tang Lingmar palideció bruscamente. Un montón de ideas pareció estallar en su cerebro. Metió la mano bajo la chaqueta del cadáver, encontró la billetera y la sacó. Exacto: tal como había pensado, tenía ante él el cadáver de Robert Wang.

Retrocedió unos pasos, y se sentó en el borde de la cama.

¿Realmente comprendía lo que estaba ocurriendo?

Un minuto más tarde, pedía a la centralita comunicación con el número de Yue.

—Yue, soy yo otra vez. ¿Hay alguna novedad?

—Está bien. ¿Puedes venir al hotel con una camioneta y un par de hombres que carguen en ella mi baúl?

—Ya te lo explicaré. ¿Cuento con ello?

—Gracias. Cuanto antes, desde luego. Estaré esperando en el vestíbulo del hotel, con el baúl, que haré bajar por un par de botones. Se trata de que tú vengas a recoger el baúl, porque como voy a trasladarme a vivir a tu casa, envío por delante la mayor parte de mis cosas. ¿Lo comprendes, Yue?

—Exacto. Hasta ahora.

Colgó el auricular, y estuvo unos segundos mirando el cadáver. Pero no podía perder tiempo, así que ató de nuevo la bolsa de plástico, cerró el baúl con llave, se guardó ésta y pidió por teléfono un par de botones, dando el encargo de que bajasen su baúl… No, no se iba del hotel todavía, pero sí lo haría dentro de unos días, a casa de un amigo, y como el contenido del baúl no lo necesitaba de momento, prefería enviarlo ya a casa de su amigo, que pasaría a recogerlo. Sí, naturalmente, él iba a esperar a su amigo, no había problema.

Finalmente, bajó al vestíbulo, donde Sarah Weston le contempló

con el ceño fruncido mientras se acercaba a ella.

—Y ahora me dirás —dijo cuando él se quedó de pie ante ella— que tienes que ir a Hong Kong, Manila o Nueva York, o algo parecido… ¿No podrías estarte quieto de una vez, Tang?

Shi Mi se sentó junto a ella, sonriendo.

—Tienes razón —admitió—, pero ocurre que se están precipitando algunos asuntos, y no tengo más remedio que atenderlos.

—Está bien —suspiró ella—. ¿Cuánto más tendré que esperar para que salgamos a cenar por ahí?

—No lo sé. De veras.

—¿Te ocurre algo? —ella se inclinó hacia delante, y le tomó una mano—, Tang, ¿estás en algún apuro? ¿Puedo yo ayudarte en algo?

—Puedes ayudarme, en efecto. Y de un modo muy sencillo, Sarah…

—Pídeme lo que quieras —brillaron los ojos de ella—. Ya no puedo darte más de lo que te he dado esta tarde, así que por mucho que pidas, no será demasiado, me parece a mí. Tang, quizá creas que esto es sólo una diversión para mí, pero te aseguro que es mucho más… No me importa que seas tibetano, africano o esquimal: te amo. Y con esto —se apresuró a añadir, sonriendo— no trato de decir que los tibetanos, los africanos o los esquimales sean difíciles de amar, sino todo lo contrario. ¡Que me lo pregunten a mí!

—Antes no hemos hablado de amor —murmuró Shi Mi.

—Bueno, supongo que hemos hecho algo más que hablar… De todos modos, yo hablo ahora de él. ¿Te molesta? Dime, Tang, ¿eres un arcaico tibetano que vive aislado del mundo…, o un hombre actual, que comprende la vida actual…, y que es profesor de Ciencias Humanas en la Universidad de Los Ángeles?

—Estás llevando la conversación de un modo muy astuto.

—Todas las mujeres somos astutas. ¿Cómo podía decirte que te amaba, si no tenía ninguna base? Me gustabas… Me gustabas como puede gustarle a un niño un pastel que ve en un escaparate, pero de cuyo gusto no tiene antecedentes. El pastel puede ser muy bonito, pero no gustarle al niño… Para saberlo, tendrá que probarlo.

—Nunca me habían comparado con un pastel.

—No seas tonto —rió ella—. ¡Es sólo un modo de hablar! Y por otro lado, ¿acaso tú no pensaste de mí quizá que yo era… una perita en dulce, por ejemplo?

—De acuerdo —alzó las manos Tang Lingmar—. Has ganado. Pero vas a tener que hacer lo que yo te diga, Sarah. Como te he dicho, es muy sencillo: todo consiste en seguir esperando, sin hacer preguntas, hasta que yo termine lo que he venido a hacer en Singapur. ¿Estás de acuerdo?

—Pues no —refunfuñó la bella rubita—, pero tendré que resignarme.

—Es suficiente —aceptó Shi Mi.

Yue tardó unos pocos minutos más en llegar. Entró en el hotel mirando a todos lados, y al ver a Shi Mi se encaminó hacia él, pero el tibetano le hizo una seña, y el viejo chino se detuvo en seco, esperándole.

—¿Has traído la camioneta? —preguntó Shi Mi, apenas llegar ante él.

—Desde luego. Hay dos hombres en ella esperando… ¿Los voy a buscar?

—Sí.

La operación se realizó con toda normalidad, mientras Shi Mi volvía junto a Sarah, que no podía ocultar su curiosidad.

—¿Qué hay en ese baúl? ¿Drogas?

—No —sonrió él—, un hombre muerto.

Ella respingó y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. De pronto, frunció el ceño.

—Tang…

—Por favor, Sarah. Sólo espera.

—Está bien.

Tang Lingmar salió del hotel, vio a Yue esperándole en la acera, y fue a reunirse con él. El baúl ya estaba cargado, y los dos hombres de Yue estaban en la cabina. Esperaron a que el viejo y Shi Mi entraran en la parte de atrás, y partieron cuando Yue, tras cerrar la doble puerta, dio unos golpecitos en la pequeña ventanilla que comunicaba la caja de la camioneta con la cabina. Por las dos ventanillas de las puertas entraba el resplandor de la ciudad.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó entonces Yue.

—Dentro del baúl está el cadáver de Robert Wang.

El viejo chino no hizo comentario alguno. Quedó silencioso. Shi Mi veía su arrugado rostro teñido de luces de colores, impasible. Pasaron algunos segundos antes de que Yue dijera:

—No lo entiendo.

—Yo sí. O al menos, eso creo. El hecho de que me hayan enviado el cadáver de Robert Wang significa que éste no me tendió una trampa. Claudine Pasteur, en efecto, decía la verdad: Wang quería hablar conmigo. Pero, evidentemente, Yuho se enteró, envió a sus hombres a matar a Wang, y a mí me tendieron una trampa. Está bien claro que Wang quería pactar conmigo, esto es, con nosotros. Yuho se enteró y lo castigó. Desde luego, Lo Yuan no sabe nada de esto… También él decía la verdad cuando declaró no saber nada de la trampa que yo creía me había tendido Wang.

—Creo que ahora sí entiendo —murmuró Yue—. Y queda demostrado el poder de Yuho, Shi Mi. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Hay dos caminos. Uno de ellos podría ser el que conduce a Lo Yuan, ir a verlo para explicarle lo sucedido, hacerle comprender que jamás estará seguro al lado de Yuho, y ponerlo de nuestra parte. Lo Yuan puede decirnos quién es Yuho, y entonces, yo acabaré con él.

—No me parece tan sencillo... ¿Cuál es el otro camino?

—Es más sencillo, desde luego. Voy a ir adonde tenemos a la prima de Robert Wang, le explicaré lo ocurrido, y quizá consigamos algo..., si es que ella sabe algo.

—En principio, eso parece más razonable. ¿Te llevamos allí?

—No, no. Vamos directos a uno de tus barcos pequeños para que carguen en él el cadáver de Wang, y esperen por si decidimos tirarlo al mar, como los otros. Yo iré desde allí al almacén de Tseng. ¿Todavía no sabemos nada de él?

—Nada... Pero pienso que quizá esté con la muchacha, precisamente. Tseng es un viejo zorro, y quizá se le haya ocurrido algo para hacer hablar a la prima de Wang.

—¿Torturándola? —respingó Shi Mi.

—No sé... Pero no lo creo. Además, es evidente que Ping está con él, así que dudo mucho que Tseng haga según qué demostraciones delante de su hija. ¿Conoces la historia de Tseng Ya?

—No... No.

—Bueno, sería muy larga de contar. Ha sido un hombre que ha sufrido muchas desgracias. Hace muchos años perdió a su primera mujer y a tres hijos que tenía entonces en un accidente aéreo. Bastantes años • después, se casó con una mujer mucho más joven que él... Al poco tiempo, ella se escapó, con un empleado de Tseng, llevándose una buena cantidad de dinero. Tseng reaccionó con tristeza, no con ira. En el fondo, dijo, no podía esperar que una linda muchacha le amase realmente. El tonto había sido él, no ella. Se quedó con Ping y eso es realmente lo único que T.seng ama en la vida. No será fácil que se desprenda de su hija, a menos que aparezca un hombre adecuado. Tú, por ejemplo.

—¿Hablasteis de Ping y de mí cuando me fui esta tarde?

—Claro —rió Yue—, Y te aseguro que Tseng vería con muy buenos ojos una aproximación entre la pequeña Ping y tú. Pero ambos notamos algo extraño entre vosotros. ¿Qué es, Shi Mi?

—Me equivoqué con ella a mi llegada a Singapur. Me pareció una muchacha que no tenía nada que perder, alegre, sin complicaciones... Así que acepté io que ella me dio. Si hubiese sabido entonces lo que sé ahora, o tan sólo lo que sabía horas después, nada habría sucedido.

—Entiendo. Bueno, esa clase de cosas no tienen ninguna

importancia, si todo termina bien. ¿O no va a terminar bien?

—Nada termina mal —susurró Shi Mi—. Sólo van sucediendo cosas, unas tras otras. Ping es tan joven y bonita que dentro de poco tiempo habrá olvidado a este pobre tibetano. Me parece que sería conveniente que yo me apease aquí, Yue. Ya sabes lo que tienes que hacer… Sobre todo, no dejes de seguir buscando a Tseng Ya.

—Descuida.

Yue dio unos golpecitos en la ventanilla delantera, y la camioneta se detuvo segundos después. Shi Mi saltó a tierra, esperó a que la camioneta continuase su camino, y entonces se dirigió hacia los tinglados donde Tseng Ya tenía sus almacenes de carga. En uno de ellos, que estaba a punto de ser derribado para construir otro más adecuado a las necesidades actuales de los negocios de Tseng Ya, estaba Claudine Pasteur, custodiada por dos empleados de confianza del viejo chino.

Naturalmente, aquel almacén estaba en desuso, esperando la demolición, de modo que Shi Mi no se sorprendió al no ver luz alguna en él. Si no había entendido mai, Claudine estaría en lo que había sido un despachito, siempre bien custodiada.

Por allí cerca deambulaban algunos hombres, todos ellos asiáticos, yendo o viniendo de los tinglados, y Shi Mí prefirió esperar el momento en que nadie pudiese verlo entrar en el almacén. Esto sucedió cuatro o cinco minutos más tarde. Empujó la puerta pequeña construida en la grande elevable, entró, y cerró tras él. Dentro todo era oscuridad… Desde la bahía, llegó la sirena de un barco. Más cerca, amortiguadas, algunas palabras en inglés. Por las sucias cristaleras de la derecha apenas se veía un leve resplandor proveniente del brillo de las aguas del puerto. Casi era como si los cristales estuviesen pintados de negro.

No había luz tampoco al fondo, donde estaba el pequeño despacho.

—Soy Shi Mi —dijo éste—. ¿No hay nadie?

Silencio.

Shi Mi permaneció inmóvil, escuchando atentamente, ladeada * la cabeza con el mismo gesto que emplearía un gato curioso y atento. ¿Qué había ocurrido? Desde luego, aquel silencio tenía algo que ver con la desaparición de Tseng Ya y su hija… ¿Había estado Tseng Ya allí, y se había llevado a sus empleados y a Claudine?

—¿No hay nad…?

Se interrumpió bruscamente, porque le parecía haber oído algo. Como unos golpes… En efecto, los golpes se repitieron claramente enseguida, hacia el fondo. Concretamente, donde distinguía ahora los tabiques que aislaban el despachito del resto del almacén.

A Shi Mi le bastaba ya el levísimo resplandor en los sucísimos

cristales para ver; como las de un gato, sus pupilas se habían dilatado en busca de la máxima visibilidad, y lo estaba consiguiendo.

Caminó silenciosamente hacia el despachito, sin dejar de oír ios espaciados golpes en éi. Ahora veía a su alrededor montones de cajas, neumáticos viejos, pilas de sacos, montones de cascotes… Llegó al despachito, y se detuvo en el umbral. Los golpes seguían sonando en el suelo. Shi Mi miró hacia allí, pero los tabiques impedían que llegase el resplandor que en el almacén le había permitido ir adquiriendo una cierta visibilidad. Metió la mano en un bolsillo, sacó el encendedor y lo accionó.

Apareció la pequeña llamita.

Entonces, Shi Mi vio a Claudine Pasteur.

CAPÍTULO VII

SE quedó inmóvil, como congelado, contemplando a la muchacha al resplandor del encendedor. Ella estaba tendida en el suelo, boca arriba, atada sólidamente de pies y manos, y amordazada; se comprendía enseguida que había estado dando golpes con los pies en el suelo para atraer su atención.

Por un instante, Tang Lingmar cerró los ojos al ver el estado en que se hallaba la muchacha: tenía las ropas desgarradas hasta el punto de que estaba poco menos que desnuda, y se veían los arañazos y hematomas en' su carne; el rostro estaba hinchado a golpes, tenía partidos los labios, y uno de los ojos estaba completamente cerrado, pavorosamente hinchado.

Shi Mi reaccionó. Guardó el encendedor, se arrodilló junto a la muchacha y tanteó en busca de los nudos de las cuerdas. Los fue deshaciendo, notando la frialdad de aquella carne dolorida. Recordó que estaba amordazada y la liberó de esto también. Oyó el silbido en la garganta de la muchacha y continuó desanudando las cuerdas. La respiración de ella era menos fatigosa, se estaba conviniendo ahora en un sollozo. Cuando hubo soltado sus brazos, Claudine Pasteur los alzó, y se abrazó al cuello del tibetano, apretándose contra él frenéticamente.

—No me deje —sollozó roncamente—. ¡No me deje, no me deje, por Dios, no me deje aquí…!

—Tranquilícese, señorita Pasteur. No voy a separarme de usted hasta que lleguemos a un hospital… ¿La han violado?

—No… Dijeron… dijeron que lo harían luego, cuando… cuando lo tuviesen a usted, para que lo viese… Pe… pero me… me han manoseado, me han golpeado, me han enseñado… ¡Oh, Dios mío, qué… qué puercos, puercos, puercos…!

—¿Qué pasó? ¿Dónde están los empleados de Tseng Ya?

—Los mataron… Los engañaron. Llegaron tres hombres, diciendo que los enviaba Tseng Ya. Los sorprendieron y los mataron… Los sacaron de aquí y comenzaron a tocarme, y a… a hacer… exhibiciones

de…

La voz de Claudine Pasteur pareció romperse. Shi Mi la apretó suavemente contra él, y comenzó a incorporarse, llevándola colgada del cuello.

—¿Puede caminar?

—Creo… creo que sí…

Shi Mi la colocó a su lado, para poder caminar sujetándola por la cintura y salieron del despachito.

—¡Miauooaooo…! —se oyó entonces, en alguna del almacén.

Y acto seguido, unas cuantas risas, esparcidas por todo el almacén.

—¡Marramaoooaooo…! —imitó otra voz humana el maullido de un gato.

—¡Miauuumao! ¡Miauuu! ¡Miauuuu…! —pareció ponerse a cantar un coro de gatos.

de nuevo nutridas risas humanas. Shi Mi había quedado como petrificado, apretando la cintura de Claudine, que temblaba violentamente y había reanudado sus sollozos.

—¡Shi Mi! —llegó la voz en chino—. ¡Ven, gatito, ven…! ¡Ven a por esta linda gatita! ¡Miaoaoooo…!

Más risas en todo el almacén.

Tang Lingmar comenzó a retroceder de nuevo al interior del despachito, siempre sujetando a Claudine…

—Esta vez las cosas son diferentes, Shi Mi! —gritó la misma voz—. ¡No tenemos nunchaku, ni navajas, ni nada de eso…! ¡Tenemos pistolas! ¡Compruébalo!

Plop, plop, piop, plop, plop…

En varios puntos brillaron los fogonazos, y se oyeron los chasquidos de los disparos efectuados con silenciador. Pero Shi Mi comprendió enseguida que no disparaban contra él, pues ninguna bala dio ni siquiera en los tabiques del despacho.

—Escucha bien, gatito: alguien quiere hablar contigo, así que no vamos a matarte ahora, a menos que nos obligues. ¿Qué contestas? ¿Vienes con nosotros, o prefieres que os acribillemos a los dos? ¿Eh? ¿Qué contestas?

Shi Mi se pasó la lengua por los labios.

—¿Quién quiere hablar conmigo? —preguntó.

—Nada menos que Yuho… ¿Estás contento? ¡Por fin vas a conseguir conocer a Yuho!

—Tengo que pensarlo —dijo Shi Mi.

—¿Pensarlo? —se oyó una risa—. Bueno, si dentro de quince segundos no has salido de ahí y te colocas boca abajo en el suelo, con los brazos y' las piernas bien extendidas, ya no tendrás tiempo de

pensar muchas cosas. Empezamos a contar. ¡Uno…!

Shi Mi acercó su boca al oído de Claudine.

—Supongo que sabe nadar —susurró.

—Sí… Sí.

—Pues nade mar adentro.

—Pero…

—¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis…!

Shi Mi llevó a la muchacha hacia el fondo del despacho y tanteó en la pared, construida con ladrillos sencillos y madera. Los tres primeros golpecitos sonaron demasiado macizos. El cuarto sonó a hueco. Shi Mi colocó en aquel punto la mano izquierda, tocando con la palma la pared, y echó el puño derecho hacia atrás, aspiró hondo, y su mente se cerró a todo lo que no fuese aquel objetivo.

¡Craaasssh…!, sonó el puñetazo que reventó ladrillos y tablas.

La cuenta de segundos se interrumpió inmediatamente. Todo quedó en silencio.

¡Crasssshh…!, repitió el golpe Shi Mi.

Un agujero del tamaño de un balón apareció en la pared, proporcionando un punto de luz. Shi Mi se tendió delante de este agujero, de espaldas al suelo y con los pies apuntando hacia la pared. Disparó primero el pie izquierdo, luego el derecho… ¡Craassh, craaasshh…!, saltaron hacia el exterior cascotes y trozos de madera…

—¿Qué está haciendo? —sonó aguda la voz del chino, fuera del despacho.

Shi Mi se sentó, y con un par de golpes más con los puños, agrandó lo suficiente el agujero para que pudiera pasar Claudine Pasteur, pero no él, debido a la anchura de sus hombros.

—Salga —jadeó—. ¡Vamos, salga, sólo tiene que dejarse caer al agua!

La empujó hacia el agujero, obligándola a meter la cabeza en él, y empujándola luego por la cintura y las piernas… Fuera del despacho se oían voces y pisadas, ahora… Los pies de Claudine desaparecieron por el agujero. Abajo, a unos dos metros, se oyó el chasquido en el agua.

—¡Ha roto la pared! —chilló una voz—. ¡Vamos afuera para…!

Shi Mi comprendió que de nada habría servido aquello, si ellos salían afuera. Verían enseguida a la muchacha, y podrían acribillarla. Por otra parte, él no podía salir por allí, de modo que tenía que tomar una decisión… Sólo había una, y la tomó: se puso rápidamente en pie, y se lanzó corriendo hacia la puerta del despachito.

—¡Oooo…!

Su aparición en aquel lugar sucio y tan escasamente iluminado por el resplandor en los cristales, fue algo así como la que habría podido

hacer un gato entre un grupo de ratones. Tan sólo con el Kiai ferozmente expelido de lo más profundo de toda la energía de su vientre, descentró ya el poder combativo de sus adversarios… Se oyó un amortiguado disparo, pero el quejido de dolor no brotó de los labios de Tang Lingmar, sino de uno de aquellos hombres, herido por su propio compañero,.., mientras el gato feroz parecía agigantarse, expandirse, convertido en un remolino de manos y pies…

—¡No disparéis, nos vamos a mat…!

El hombre que estaba gritando tuvo tiempo de ver en el aire aquella forma que parecía no ya un gato, sino una araña. Nada más que eso, porque enseguida recibió una patada sobre la nariz que se la partió, echándole la cabeza hacia atrás y partiéndole el cuello…

—¡OOO-OOO-OOO…!

Otro chino cayó hacia atrás, con un ojo hundido en la órbita, reventado, lanzando espantosos alaridos Al segundo siguiente, el gato estaba de nuevo en el aire, en otro sitio, lanzando otro zarpazo, que hundió en el tórax de otro hombre seis costillas del costado derecho convertidas en astillas que destrozaron su hígado… Un puño de bronce se hundió en un vientre, y un chorro de sangre brotó tres palmos más arriba de ese vientre por la boca desencajada…

—¡OOO-OOO-OOO…!

De nuevo estaba Shi Mi en el aire. Pero ya no necesitaba golpear más, ya no necesitaba matar más. Lo sabía. Sabía que había causado tal destrozo y desconcierto que era el momento de aprovecharlo. Su salto, pues, estuvo dirigido hacia una de aquellas sucias ventanas.

Por un instante, como en una escena irreal, algunos de aquellos hombres vieron la silueta en el aire, recortada confusamente en la ventana. Luego, ésta reventó, la silueta pasó por el hueco, lanzando brillantes añicos a todos lados y desapareció… Al instante siguiente, afuera y abajo, se oyó el impacto en el agua.

A esto siguió un silencio brevísimo, en el que sólo se oyeron quejidos en el suelo. Acto seguido una voz:

—¡Ha caído al agua! ¡Vamos a por él ahora! ¡Y yo lo voy a matar! ¡Lo voy a mataaaaaaarrrr…!

Pero, cuando tras salir del almacén y rodearlo por la estrecha pasarela corrida que servía de embarcadero, llegaron ante las aguas negrísimas manchadas de aceite, de combustible, de luces de colores y de basuras, el gato había desaparecido.

O se había ahogado…, o era un gato que sabía nadar.

CAPÍTULO VIII

EL taxista chino aceptó con sonriente gesto los billetes que le tendía su pasajero masculino. Le importaba un excremento que los billetes estuviesen mojados. Una vez secos, serían cuarenta indiscutibles dólares americanos. ¡Cuarenta dólares por una carrera de apenas diez minutos, desde las proximidades de los tinglados hasta cerca del Jardín Botánico!

El hombre y la mujer salieron del taxi, y el conductor les dirigió una benévola mirada. Bueno, a cualquiera le puede ocurrir caer al agua desde una barca… Desde luego, la muchacha había tenido un accidente, sin duda alguna.

Llevando de un brazo a Claudine, Shi Mi se alejó del taxi, en dirección a la casa de Tseng Ya. En aquella situación, era el único sitio que le parecía razonable.

Pero seguía sin haber nadie en la casa de los Ya, así que, tras meditar, Shi Mi decidió entrar por el jardín de atrás, cuya tapia saltó con toda facilidad. Entró en la casa que ya conocía, y, sin encender luz alguna, la recorrió rápidamente, hacia la puerta, que abrió para que entrase Claudine. Cerró y encendió entonces la luz.

—Aquí encontraremos algo para curarla un poco, y ropas para los dos. ¿Cómo se siente?

—No…, no lo sé… No lo sé.

Shi Mi pensó que no era el momento oportuno de decirle a la muchacha lo sucedido a su primo Robert. Le pasó un brazo por los hombros, y la condujo hacia el cuarto de baño. Abrió el grifo del agua fría y se volvió hacia la muchacha.

—Desnúdese.

—¿Qué… qué…?

—Vamos, no sea absurda, señorita Pasteur.

Salió del cuarto de baño, y fue al dormitorio de Tseng Ya, donde encontró, para su sorpresa, una túnica de color azafrán, nueva, flamante, que requisó para sí. Segundos después en el dormitorio de Ping Ya en contró ropas que podrían servirle a Claudine para salir del

apuro, aunque fuese más alta y corpulenta que la chinita… Cuando regresó al cuarto de baño, Claudine Pasteur estaba desnuda, de pie ante la bañera, vuelta hacia la puerta, y cruzando los brazos ante el pecho Con el ojo sano muy abierto, miraba a Shi Mi, que puso las ropas sobre un taburete.

—Métase en el agua.

—Pero es agua fría…

—¿Y qué quiere? ¿Agua caliente para colaborar así a la inflamación de los hematomas? Métase en la bañera y hágase a la idea de que voy a examinar su cuerpo por si tiene algo roto.

Claudine Pasteur se metió en la bañera, en silencio. Después de todo, el agua no estaba tan fría… Se quedó mirando a Shi Mi cuando éste se inclinó hacia ella, y comenzó a palparla…, pero no precisamente como ella había pensado, sino tocando sólo con las puntas de los dedos las articulaciones, los extremos de las costillas, las manos. La hizo volverse y fue pasando los dedos por la columna vertebral, presionándolas una a una. Por fin, la colocó de frente a él, y pasó los dedos hacia su nuca, palpando también allí…

—No hay ninguna lesión importante —dijo por fin Shi Mi—. Frote suavemente en los hematomas, eso es todo. Y no se le ocurra utilizar agua caliente hasta que pasen un par de días por lo menos. ¿Está claro?

—Sí… ¿Y… y la cara…?

—La cara no tiene importancia. Está usted tea, eso es todo. Pero eso durará sólo una semana, o poco más. Cuando se encuentre con ánimos, vístase con estas ropas. ¿Le dieron algo de comer?

—No… Pero no tengo apetito.

—Lo comprendo. Me pregunto, señorita Pasteur, si ha podido sacar algo en claro de todo esto.

—No… Sigo sin entender nada de nada.

—¿No? Bueno, alguna vez tendría que decírselo: han matado a su primo.

—¿Qué? —pareció no comprender Claudine.

Shi Mi apretó los labios, por toda respuesta. Ella le miraba, grotesca y no poco impresionante con aquel aspecto.

—Dios mío…

—No deje de friccionarse —Shi Mi acercó el taburete, y se sentó sobre la ropa—. Le diré lo que está ocurriendo, y de este modo quizá a usted se le ocurra algo que pueda ayudarme a encontrar a una persona que llamamos Yuho. Este nombre, en chino, significa Imperial, y…

Cuando Shi Mi terminó su explicación, Claudine Pasteur le contemplaba con la boca abierta, inmóvil. El tibetano se quedó mirándola con cierta amabilidad, y la muchacha reaccionó por fin,

moviendo la cabeza.

—No sé nada de nada de todo eso… ¡Se lo juro!

—Está bien. Creo que ya debe vestirse. Séquese bien.

Claudine salió de la bañera y comenzó a secarse. Cuando miró de nuevo a Shi Mi, respingó, al verlo desnudo a punto de entrar en la bañera.

—¿Qué le pasa ahora? —gruñó Tang Lingmar.

—Na… na… nada… Nada.

El dejó marchar el agua de la bañera, abrió la ducha y procedió a limpiar su piel del salitre y la mezcla de polución de las aguas del puerto. Estuvo listo en tres minutos, se secó a su vez y se puso la túnica.

—Por el momento nos quedaremos aquí. ¿Se encuentra mejor ahora?

Claudine se miró al espejo y encogió los hombros. Estaba graciosa con aquel vestido de Ping Ya, que ocultaba las señales en su cuerpo, pero seguía viendo su rostro hinchado, el ojo cerrado…

—Estoy mejor, sí —musitó.

—Vamos a cenar algo. ¿Sabe cocinar?

—Un poco.

—Bueno, pues vamos allá. Luego intentaremos arreglar un poco mis ropas; las suyas no es posible, desde luego… ¿No le ha ocurrido alguna vez que sabe algo, pero no consigue recordar de qué se trata?

—No.

—El cerebro humano, no sé si lo ha pensado usted alguna vez, es como una computadora, que lo asimila todo, lo almacena. Todo queda registrado en él, pero para que en un momento dado el cerebro de una respuesta exacta, como lo haría una computadora, hay que pulsar la tecla adecuada. ¿Lo comprende?

—Sí… Ahora, sí.

—Bien —Shi Mi empujó la puerta de la cocina, sonriendo—. Espero que la vieja Liang no se moleste conmigo por… fue como si, de pronto, Tang Lingmar se quedase sin sangre, tal fue la intensidad de su palidez. Ni siquiera oyó el grito de espanto de Claudine, que se abrazó a él y escondió la cara en su pecho, rechazando mirar el espectáculo.

Precisamente, a quien primero vio Shi Mi fue a la vieja Liang: estaba como… metida en la pila del fregadero, retorcida, con los ojos fuera de las órbitas, y un tremendo tajo en la garganta. En el suelo estaban Tseng Ya y su pequeña Ping, ésta completamente desnuda… Tang Lingmar cerró los ojos, pero la imagen de aquellas personas torturadas y luego asesinadas persistió en su mente. Era como estar viendo la más perfecta y nítida fotografía del mundo.

Sin abrir los ojos, Shi Mi retrocedió, llevando abrazada a Claudine. Cerró la puerta de la cocina, se desasió del brazo de la muchacha y fue hacia la sala, con ella aferrada a su mano. Volvió a desprenderse, suspiró profundamente y se sentó en el suelo, cruzando las piernas.

Claudine se lo quedó mirando, esperando algo más, pero nada más sucedió. Cinco minutos más tarde, la muchacha estaba sentada, mirando al tibetano, que permanecía como si fuese de piedra, cerrados los ojos. Y así estaban todavía cinco minutos más tarde. Por fin, Shi Mi alzó los párpados.

—¿Querría hacerme un favor, señorita Pasteur?

—Sí… Claro que sí.

Shi Mi se puso en pie, fue en busca de sus ropas y sacó la billetera, de la cual extrajo cuidadosamente un papel, que, como los billetes y otras cosas, se habían mojado, pero poco, dada la escasa permanencia de Shi Mi en el agua.

—Le voy a apuntar la dirección de un hombre en Tokio es decir, cerca de Tokio. Encontrará su casa sin dificultad. A ese hombre le llevará usted el paquete que retirará de la caja fuerte de mi hotel dentro de dos horas. No antes. Dos horas. En ese tiempo, prepare su viaje, tome el primer vuelo hacia Tokio. ¿Tiene dinero?

—Bueno… Tengo el suficiente para llegar a Tokio, creo.

—Una vez allí, el hombre al que llevará usted el paquete, se hará cargo de los gastos que haya tenido. Este es el recibo del hotel para retirar el paquete. ¿Su pasaporte está en la casa de su primo, supongo?

—Sí…

—Eso puede traer complicaciones… ¿Tiene la llave?

—Sí, sí, Robert me dio todo lo que…

—Está bien. Vaya para allá, recoja sus cosas, el pasaporte, dinero… Todo. Y salga hacia Tokio después de recoger el paquete dentro de dos horas en mi hotel. ¿Lo ha entendido todo bien?

—Sí… Sí.

—Adiós señorita Pasteur. Dígale usted al hombre que va a ver de mi parte que… Sí, dígale, simplemente, que Shi Mi le envía todo su afecto.

—Pero ¿tengo que marcharme? ¿Ahora?

—Así es.

—Pero la muerte de Robert y todo esto…

—Eso lo arreglaremos aquí. Y espero que podremos hacerlo de modo que usted quede al margen. Una cosa importante: por ningún concepto debe usted mencionar el nombre de mi amigo de Tokio a nadie. Absolutamente a nadie. En cambio, a él, puede decirle todo lo que sea, conteste a todas sus preguntas. Le deseo buen viaje.

Claudine Pasteur estaba lógicamente desconcertada e indecisa, pero

optó por seguir las indicaciones de Shi Mi, que la acompañó hasta la puerta. Cuando regresó, fue directo al teléfono, y marcó un número.

—Soy Shi Mi. ¿Podemos hablar?

—Bien. Ante todo, quiero que envíes a dos o tres hombres a la casa de Robert Wang. Su prima, la señorita Pasteur, va a llegar de un momento a otro a recoger unas cosas. Luego, irá a mi hotel a recoger otra cosa. Finalmente, irá al aeropuerto para marcharse de Singapur. En todo momento quiero que esté protegida, pero sin que ella se dé cuenta. Podría asustarse.

—¿…?

—Sí, sí, ocúpate de eso ahora. Espero.

La espera duró apenas un par de minutos.

—¿…?

—Sí, estoy aquí. ¿Arreglado ese asunto?

—Muy bien. Ahora escúchame atentamente, Kio, porque cuando salga de aquí, de la casa de Tseng, iré a ver a Yue para…

* * *

—¿Shi Mi? —exclamó Yue—. ¡Naturalmente que sí, que pase!

El criado se volvió, hizo una seña, y a los pocos segundos, Shi Mi apareció en la puerta del despacho privado que Yue tenía en su domicilio. El viejo chino llevaba un elegante kimono negro, de seda natural, que aún le hacía parecer más delgado, más insignificante. Se puso en pie al aparecer Shi Mi, y acudió a su encuentro con gesto excitado.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal, Shi Mi?

El tibetano volvió la cabeza hacia el criado de Yue, y éste, comprendiendo, le hizo un gesto al hombre, que se retiró. Shi Mi movió negativamente la cabeza cuando Yue le señaló uno de los sillones.

—Han asesinado a Tseng Ya, a Ping y a la vieja Liang.

—¡No!

—Sí. Y a los dos hombres que Tseng dejó custodiando a la señorita Pasteur.

—¿Y ella?

—Ella está a salvo. Yue: aquello era otra trampa para mí.

—¿A qué te refieres?

—¿Te he dicho que estuve quince años en un monasterio del Tibet?

—Pues no recuerdo… Me parece que no.

—Fueron quince años muy duros, Yue. Y aprendí tantas cosas… Hay quien cree que en el Tibet sólo hay lamas y caballos, y montañas

nevadas. Hay todo esto, pero también hay muchas más cosas. Hay, por ejemplo, una comprensión de la vida y de las auténticas posibilidades del hombre, tanto mentales como físicas, que la mayoría de hombres de otras razas son incapaces de presentir siquiera. Hay una cultura milenaria, y, adecuada o no al mundo actual, todavía persiste una… educación esmerada del individuo, si éste se muestra capaz de asimilarla. No somos ricos, así que tenemos que utilizar nuestros recursos en aquellos que van a aprovecharlos.

—Shi Mi, ¿adónde quieres ir a parar?

—Durante años, una de las cosas que aprendí fue a soportar el sufrimiento físico, entre otras muchas cosas. Quizá por eso, unos golpes no significan nada para mí. Pero, evidentemente, para ti sí que significan algo, Yue.

—No comprendo…

—Vamos a empezar por el principio: ¿cómo supieron los hombres de Yuho el día, el lugar y la hora en que, el mismo día de mi llegada, Ping me llevó a vuestra reunión?

Yue parpadeó, desconcertado.

—Pues no sé… No tengo ni idea.

—Yo sí tengo idea: tú informaste de ello a Yuho.

—¿Yo? —jadeó el anciano—. ¿Estás loco?

—Por eso a ti no te golpearon. Si yo hubiese hecho una cosa así, habría pedido que me golpeasen como a los demás. Pero yo soy joven y fuerte, puedo resistir cualquier golpe. En cambio, tú eres débil, viejo y traidor. Espera, aún no he terminado. Tú no sabías quién me había enviado, y Tseng fue tan discreto que no te lo dijo. Ni a ti, ni a nadie. Por eso, tú quisiste enviar el dinero directamente a esa persona, pero no lo conseguiste, no conseguiste que yo te dijese quién era. Cuando yo me fui, algunos amigos tuyos entraron en la casa de Tseng y lo torturasteis a él y a su hija, y matasteis a la vieja Liang…, sin conseguir que Tseng te dijese lo que querías, Pero ya, de todos modos, tenías otro plan en marcha, encaminado a lo mismo: me enviaste el baúl con el cadáver de Robert Wang, de modo que yo tenía que comprender la verdad: Wang, en efecto, había querido negociar con nosotros, así que su prima había dicho la verdad, y lógicamente, yo iría adonde la teníamos. Para entonces, tus amigos ya habían matado a los dos empleados de Tseng, así que cuando tú me dejaste cerca del almacén, me estaban esperando… Pero una vez más, fallaron en su intento de capturarme vivo. Eso es lo que querían en la casa de Wang en la playa de Changi: por eso se resistieron tanto a dispararme, y por eso pude yo salir bien librado, porque querían capturarme vivo para someterme a tortura y que les dijese el nombre de esa persona que me había enviado…

—¿Qué puede interesarme a mí el nombre de esa persona?

—Mucho, porque comprendiste que yo no estaba solo, sino que formaba parte de una organización. Incluso es posible que el pobre Tseng, involuntariamente, hiciera algún comentario al respecto. Por lo tanto, había que eliminar a una organización que disponía de hombres como yo, y que consideraban que uno solo podía solucionar grandes problemas. Si uno solo podía hacerlo, ¿qué serían capaces de conseguir una docena? Así que, después de verme pelear en el remolcador, decidiste ocuparte de esa parte del asunto. ¿No es así?

—Estás fantaseando —sonrió Yue.

—No. Me ha costado comprender qué era lo que había en mi mente que me preocupaba. Y eran esos dos pensamientos, que se cruzaban, pero a distancia, sin formar uno solo…, hasta que vi torturados y muertos a Tseng Ya y su hija, y a la pobre Liang. Entonces, junté los dos pensamientos por fin: el de que tú no habías sido golpeado en el remolcador, y el de que alguien tenía que haber informado a Yuho de que se celebraba la reunión. ¿Por qué no podías ser tú la persona que había informado a Yuho? Decidí que sí, porque no habías sido golpeado. Pero eso, por sí mismo, quizá no hubiese sido suficiente… Entonces, añadí tu insistencia en conocer el nombre de la persona a la que iba destinado el dinero. Y más aún: era en verdad extraordinario que habiéndote encargado yo que movilizases a tus empleados para localizar a los Ya, no se te hubiese ocurrido enviarlos a su casa en lugar de limitarte a telefonear. ¿Por qué no hiciste nada en ese sentido? Pues porque no querías todavía que el triple asesinato fuese descubierto: antes, tenías que haberme capturado vivo a mí. Pero de nuevo fallaron tus hombres, escapé del almacén llevándome a Claudine Pasteur y fue entonces cuando decidí refugiarme en la casa de Tseng, y encontré los cadáveres. Eso no pudiste preverlo, ¿verdad?

—Estás loco, Shi Mi —insistió Yue—. Y además, ¿cómo podía yo saber que tú ibas a ir a la casa de Robert Wang en Changi?

—Al principio, he pensado que quizá vigilabas a Wang y que al verlo ir hacia allá discretamente, sospechaste algo, y después de capturarlo le hiciste confesar, lo mataste y me esperaste. Pero la explicación es aún mucho más sencilla y en ella interviene una cama.

—¿Una cama?

—Y una mujer: Sarah Weston. Tú la enviaste a mi hotel para que me vigilase y para que intentase averiguar quién me había enviado, qué organización era ésa. Verbalmente, ella tampoco consiguió nada. Por eso, vino a mi habitación esta tarde, y cuando yo me fui, se quedó. ¿Para qué? Pues para buscar esa información, la dirección de alguna persona que yo tuviese escrita. No me perdía de vista… Y es muy inteligente. Nuestro primer contacto fue simpático; ella me sonrió, luego dijo que simplemente había sonreído, me contó toda una sarta

de embustes. Yo no le di importancia y seguí su juego. Para mí, el sexo, en el plan que me lo ponía ella, no tenía importancia, era un juego…, como creí que lo era también para Ping. Pero pensando, tuve que relacionar a Sarah Weston con todo aquello. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque al mismo tiempo que me resistía a admitir que tú hubieses estado vigilando a Wang (¿por qué habías de hacerlo?), recordé que las únicas personas que sabían que Wang me esperaba en su casa de la playa de Changi, éramos el propio Wang, Claudine y yo. Sería absurdo, a estas alturas, sospechar de uno de los tres, ¿verdad? Entonces, tenía que ser alguien que estuviese muy cerca de Claudine Pasteur y yo cuando hablamos…

—Pudo ser alguien que os siguió…

—Claro que no. La trampa estaba ya tendida, así que tuvo que ser alguien que nos precedió. Quiero decir, alguien que avisó de lo que sucedía. Esa persona sólo pudo ser Sarah Weston, que estaba cerca de Claudine y yo, y nos oyó o quizá, por el movimiento de los labios pudo comprender que hablábamos de Wang, de Changi… Pero ¿por qué se había de interesar por esa conversación? Respuesta: porque me estaba vigilando y porque ella conocía a Claudine. Así que, entre lo que vio y oyó, sacó conclusiones, y, mientras yo llamaba a Tseng y me curaba la cabeza, ella te llamó a ti y tú lo dispusiste todo.

—Es absurdo que nos relaciones a esa mujer y a mí…

—No es absurdo. Fíjate bien, Yue: cuando nos conocimos ella y yo en el bar del hotel, ni siquiera me preguntó qué me había pasado en la cabeza, donde tenía un considerable chichón y una herida. Lo normal era lo que hizo Claudine Pasteur: preguntarme qué me había ocurrido. Sarah no tenía que preguntarlo, porque ya lo sabía. Tampoco esta noche me ha preguntado quién eras tú cuando has venido al hotel a recoger el baúl, ni tú me preguntaste algo así como: caramba, Shi Mi, ¿quién es esa hermosa mujer rubia con la que estabas hablando? Lo normal era un razonable interés del uno por el otro; un tanto indiferente, si quieres, pero interés al fin. Y así, por estos caminos de mi mente, he comprendido todo lo que te he dicho… Y he comprendido mucho más todavía, Yue: tú eres Yuho.

—¡No! —saltó el viejo chino—. ¡Eso no!

—¿Pero todo lo demás que he dicho sí es cierto?

Yue pareció arrugarse, empequeñecerse todavía más.

—Sí… Todo lo demás es cierto…

—Está bien, Yue. ¿Quién es Yuho?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—Tienes que saberlo, ya que te has vendido a él… ¿Por qué lo has hecho, Yue? ¿Por ambición?

—¡Sí, por ambición! ¡Estaba harto de ser uno de los pequeños de Singapur, y se me ofreció la oportunidad de ser de los grandes, aunque fuese bajo la dirección de otra persona! ¿Qué tiene de malo la ambición?

—La tuya, mucho. Por malvada y porque ya tienes un pie en el otro mundo… ¿Qué esperas de la riqueza, del poder, a tu edad? Ni siquiera podrías tener a una mujer, ni comer lo que quisieras… No, Yue, no lo comprendo. Y menos, en un chino. Porque los blancos, en general, tienen otra linea mental, no han entendido o quizá han olvidado que la esencia del hombre es algo más que poder. Pero ¡un asiático, Yue! ¡Un chino! ¿Qué habrías hecho con el poder y el dinero?

—¡Lo habría tenido! —chilló el viejo—. ¡Lo habría tenido en gran medida por primera vez en mi vida!

—Has demostrado mucho interés por saber quién me envió a Singapur, Yue. ¿Quieres saberlo? Es un hombre quizá de tu edad, un japonés, que vive retirado de todo, meditando… en el modo de que su vida sea todavía fructífera para sí mismo y para los demás. En todo el mundo, los que hemos practicado algún Arte Marcial bajo su dirección en alguna ocasión, estamos dispuestos a todo por él…, o mejor dicho, por sus ideas de paz y generosidad, de aniquilar gente como tú, como tus amigos, como Yuho. Ese hombre ha inventado una organización a la que llama Kuro Arashi, la Negra Tempestad, a la que tengo el orgullo de pertenecer. Muy pronto, cien mil dólares estarán en ruta hacia él, para una más de sus buenas obras. El verá el dinero, sonreirá, lo invertirá, y seguirá meditando, feliz y apacible, mucho más fuerte que tú, más sabio, más poderoso, porque no necesita ningún poder exterior: sólo el de su mente el de su propio desarrollo interior… ¡Poder! ¡Tú sí que estás loco, Yue!

—¡Maldito seas! ¡Maldito…!

—Ya basta. Ahora, sólo me interesa saber quién es Yuho, para terminar con él… En cuanto a Sarah Weston, ya me ocuparé de ella a su debido tiempo. Por cierto: ¿qué es ella, exactamente, en ese grupo «Imperial»?

—No lo sé.

—Está bien. ¿Quién es Yuho?

El viejo Yue pareció a punto de rebelarse, pero, de pronto, dejé caer la cabeza sobre el pecho, y musitó:

—Te lo diré… Voy a escribirte su nombre y dirección… Pero él me matará si tú no acabas con él, Shi Mi.

—Pierde cuidado.

Como aniquilado, Yue fue a sentarse ante su mesa, tomó un bolígrafo, miró alrededor, y abrió un cajón, sacando una hoja de papel, que colocó sobre la carpeta, contemplado atentamente por Shi

Mi. Pero, nada sucedió. Yue comenzó a escribir, con mano temblorosa, caída la cabeza…

De pronto, la puerta del despacho se abrió, violentamente, y dos hombres no ya entraron, sino que parecieron catapultados hacia su interior, directos contra Shi Mi. Uno de ellos era el criado, que empuñaba un cuchillo. El otro, desconocido para Shi Mi, empuñaba un largo Kris malayo, de ondulada hoja centelleante…, que fue a caer con terrible potencia sobre la mesa de despacho, fallando el golpe dirigido contra el tibetano, que no falló el suyo: su mano derecha, siempre como una garra, cayó sobre la cabeza del hombre, fulminándolo al suelo muerto al instante…

Justo en el momento en que Shi Mi se dejaba caer de rodillas para evitar la cuchillada del otro, tras la mesa sonaba el chasquido de un disparo…, y el criado recibió la bala destinada a Shi Mi en la sien izquierda, que saltó en horrenda salpicadura mientras el hombre, girando, iba hacia la puerta de nuevo.

Plop, disparó de nuevo Yue, con mano temblorosa, hacia el tibetano, por encima de la mesa. Pero Shi Mi ya había saltado a la derecha, muy alto, encogido…, al mismo tiempo que lanzaba el kris que había tomado del suelo al arrodillarse.

¡Fsss…! silbó el arma blanca.

jChoc!, se detuvo en el pecho de Yue, hundiéndose hasta la empuñadura. El viejo chino emitió un ronco gemido, y cayó sentado, perdiendo la pistola. Sus ojos fueron hacia Shi Mi, que había caído suavemente al piso… La boca de Yue se movió, pero no brotó de ella sonido alguno. Sus ojos parecían convertirse en cristal rápidamente, y sus facciones arrugadas parecían desarrugarse, exangües, colgar más que antes.

Una luz diabólica apareció en los desorbitados ojos del viejo canalla, y por fin, consiguió jadear:

—Maldito… seas… por todos los siglos del…

CAPÍTULO IX

SARAH WESTON detuvo el coche, se apeó, y se quedó mirando hacia la casa, fruncido el ceño, fría la expresión de sus hermosos ojos azules. Miró a ambos lados de la calle, apretó con fuerza su bolso, y fue hacia allí.

Efectivamente, encontró la puerta abierta. Entró, escuchó con atención, y luego, tras vacilar, se dirigió hacia el despacho. Entró en éste, y se quedó mirando a Yue, sentado en el sillón, con los ojos como bolas negras de cristal, la boca abierta, sangre seca en el pecho…

Se volvió vivamente al oír la voz jadeante de Shi Mi.

—Por fin… has venido…

Desdeñando los cadáveres de los dos criados, Sarah Weston se acercó al sillón donde Shi Mi yacía postrado, con una mano colgando por un lado y la otra sobre la mancha oscura que había en su túnica color azafrán…, que, tras meditarlo, había comprendido que era un obsequio personal que Tseng Ya había pensado hacerle cuando terminase con Yuho y su grupo de canallas y traidores.

—¿Qué te ha ocurrido, Tang? —preguntó Sarah.

—Es muy largo… de contar, Sarah… Pero ahora…, ahora necesito tu ayuda, tal como te he dicho por teléfono. Sólo tú puedes ayudarme sin que nadie sospeche nada…

—¿No tienes a nadie más? ¿Nadie que te ayude?

—Sí… Tengo muchos amigos, pero a ellos los conocen, y temo que nos matarían a todos si los viesen por aquí. En cambio…, en cambio tú podrías…, podrías… ¿Has traído coche?

—Sí. ¿Qué quieres hacer?

—Tienes que ayudarme a salir de… de esta casa…, y llevarme… adonde te diré…

Sarah Weston sonrió, fríamente, y fue a sentarse en el otro sillón, frente a Shi Mi, que la miró incrédulamente.

—¡Sarah, te estoy pidiendo…!

—Tranquilo, tranquilo, Shi Mi —rió ella—. ¿Sabes que eres el minino más interesante que he conocido nunca?

—Sarah, no… Comprendo tu…

Ella abrió el bolso, y sacó una pistola, con la que apuntó a Shi Mi, que abrió mucho los ojos y se irguió débilmente.

—Quieto, gatito, quieto… Sí, eres todo un extraordinario, bello y peligroso gatito.. Cuando me lo dijeron, no podía creerlo, así que decidí conocerte voluntariamente. Y al verte… ¡Oh, sí, al verte pensé que eras un hombre hermoso y fuerte, con el que podía divertirme antes de matarlo!

—Estás… No estás… hablando… en serio…

—¡Claro que estoy hablando en serio, mi amor! Completamente en serio, te io aseguro. Eres bello, fuerte, un amante… vigoroso…, pero no demasiado listo, después de todo. ¡Y pensar que llegué a temer que pudieses acabar realmente con todo!

—Sarah…, Sarah…

—Estúpido —siseó ésta—. ¡Ya estoy harta de ti!

—Pero Sarah, no sabes lo que dices… He matado a algunos hombres queriendo ayudar a muchos más…, que lo merecían. Mira a Yue, un…, un traidor… Pero eso no es más que una parte… ¡Tienes que ayudarme a salir de aquí, para que encuentre a Yuho, un hombre que…

—De nuevo te equivocas, estúpido. ¿Por qué supones que Yuho es un hombre? ¿Es que sólo los hombres tienen inteligencia y decisión?

—¿Qué quieres… decir…?

—Quiero decir que tu búsqueda ha terminado. ¿Estás buscando a Yuho? Muy bien, ¡pues ya has encontrado a Yuho! ¡Y no me digas que no comprendes que Yuho SOY YO!

—No… ¡No!

—Mil veces estúpido. ¿Por qué no puedo ser yo? Hace años que estoy dando tumbos por Oriente, he vivido todo lo que ni siquiera eres capaz de imaginar, he soportado porquerías y servidumbres que te horrorizarían, hasta que, finalmente, decidí ser yo quien convirtiese a los hombres en esclavos míos. ¿Qué tenía que hacer? ¡Era muy fácil…! Sólo que tenía que buscar a unos cuantos ambiciosos y cobardes como Robert Wang, Lo Yuan, que por cierto ya debe haber pasado a peor vida, como Wang, y seres miserables como Yue Hang… Gente sin valor, sin decisión, sin inteligencia. ¡Tenías que haberlos visto cuando les propuse el negocio! Al principio, no podían creerlo, pero les demostré quién era y todo lo que podía hacer, asesinando a cuatro de ellos. En el fondo —Sarah Weston se echó a reír—. ¡Sí, en el fondo estaban asustados! Como el propio Lo Yuan, que me llamó esta tarde, impresionado por tu visita. ¿Qué podía hacer con un hombre tan asustado? ¡Pues, ordené que lo matasen! ¡Igual que a Wang, a Tseng Ya, a su hija…, a lodos! He perdido algunos hombres, y a mis

mediadores más importantes, pero no importa, seguiré adelante… ¡Esto no ha hecho más que empezar!

Shi Mi se sentó bien en el sillón, y suspiró profundamente.

—Te equivocas, Sarah —dijo serenamente—: esto ha terminado.

—¡No ha term…! ¿No estás herido?

—¡No. Sólo es un poco de sangre de Yue, con la que me he manchado la túnica. Quería atraerte, intentar engañarte para ver si conseguía sin violencia que me dijeses quién es Yuho… Y ya ves: este pobre estúpido lo ha conseguido. Y si he de serte sincero, no estoy demasiado sorprendido.

—Me has engañado —relucieron los ojos de Sarah como los de una fiera—. ¡Me has engañado a mí!

—Así es. Dame esa pistola, por favor.

—¿Que te dé…? ¡Realmente, eres un estúpido! ¡Lo que te voy a dar va a ser…!

Shi Mi ya estaba en el aire.

Pero, ciertamente, Sarah Weston no era Yue Hang Su mano era mucho más firme; su odio, mucho mayor; su furia, incontenible… Tang Lingmar emitió un grito de dolor al recibir la bala en su cuerpo, su figura se descompuso en el aire, pareció ir a caer duramente, pero todavía tuvo tiempo de disparar su pierna derecha, acertando a Sarah Weston, que se había puesto en pie, en pleno pecho, y sentándola de nuevo.

Él gato cayó de pie, rebotó, cayó hacia delante, y se revolvió, alzando de nuevo la pierna, que dio en la mano de Sarah cuando ésta se disponía a disparar de nuevo, La pistola salió hacia el techo, y la hermosa rubia lanzó un rugido cuando con otro giro, Tang Lingmar fue a quedar justamente donde cayó la pistola, que agarró inmediatamente, y se puso en pie.

—¡No! —gritó Sarah—, ¡A mí no, a mí no…!

Echó a correr hacia la puerta, pero todavía quedaba fuerza suficiente en Shi Mi, que saltó tras ella, la asió por el vestido, y la retuvo fuertemente.

—¡Quieta, no salgas de…!

Con un fortísimo tirón, Sarah Weston se desprendió… del vestido, que quedó hecho jirones en la mano del tibetano, mientras ella, prácticamente desnuda, continuaba corriendo hacia la puerta.

—¡Sarah, no salgas, no salg…!

Pero Sarah Weston era demasiado «lista» para hacer caso a un hombre que, teniendo en la mano una pistola con la que podía detenerla sin problema alguno, se limitaba a gritarle, casi en tono de súplica, que no escapase.

Sí.

Era demasiado «lista».

Llegó trompicando al vestíbulo, y allá, se encontró dentro de un pequeño grupo de viejos chinos que la miraban con escalofriante impasibilidad…, sosteniendo cada uno de ellos un cuchillo. Cuando, súbitamente, comprendió toda la verdad, Sarah Weston abrió la boca, para lanzar el grito de terror que le subía por la garganta…, y que no llegó a salir.

—¡Por Tseng! —todavía oyó.

—¡Por Ping!

—¡Por Wang!

—¡Por…!

Sarah Weston ya no oyó nada más.

shi Mi apareció en la puerta, tambaleante, demudado el rostro, y se estremeció al ver a los ancianos inclinados sobre aquel cuerpo casi desnudo…

—¡Ya basta! —gritó—. ¡Ya basta!

Los chinos se irguieron, lentamente, y se quedaron mirándolo.

Fue Kio quien dijo:

—Hemos cumplido lo convenido, Shi Mi; mientras ella estuvo en el despacho, no intervinimos.

Shi Mi no contestó. Dentro de su cuerpo, estaba sintiendo un frío cada vez más intenso.

ESTE ES EL FINAL

LOS dos jinetes se detuvieron, y uno de ellos señaló hacia el solitario personaje que, envuelto en una túnica, permanecía sentado sobre la nieve, inmóvil.

—Shi Mi —dijo el que había señalado.

Entonces, hizo dar la vuelta a su caballo, y emprendió el largo y fatigoso regreso; pero sabía que aquella vez, su presencia no sería en absoluto oportuna en aquella cabaña de las altas montañas nevadas…

El otro jinete desmontó, se acercó a Shi Mi, y estuvo unos minutos mirándolo. Shi Mi tenía los ojos cerrados, y parecía no haber oído nada siquiera.

—Soy Claudine, Shi Mi —musitó la visitante.

Tang Lingmar ni siquiera se movió. Desde las más altas y lejanas montañas llegaba aquel viento helado que parecía capaz de atravesarlo todo…, menos la piel del tibetano, que debía ser incluso más dura que la de un elefante, porque alrededor de él, la nieve se había fundido (1).

(1) Verídico. Algunos monjes, por medio de la concentración menta!, han conseguido aislar su cuerpo de las sensaciones exteriores, conservando un calor vital que puede fundir la nieve… Naturalmente, sin llegar a exageraciones ni extremos fantásticos.

—Shi Mi, he visto a tu Maestro, le he entregado el dinero, y tu afecto. Él te envía también el suyo, y su agradecimiento… Cuando regresé a Singapur para decirte que te amo, me dijeron que habías estado herido, y que luego te habías marchado. Tu Maestro me dijo que si no estabas en Los Ángeles, si nadie sabía nada de ti, era porque debías estar aquí, meditando sobre la Maldad. Le convencí de que te amaba tanto, que él no tuvo más remedio que decirme cómo encontrarte. Shi Mi te amo.

Tang Lingmar continuó inmóvil, como sordo, cerrados los ojos.

Claudine Pasteur, bellísima, pero helada de frío, le miraba con desesperación.

—Si no me haces caso, me sentaré a tu lado en la nieve, y me moriré, Shi Mi… Estaré a tu lado hasta morir de frío y de hambre. ¿No quieres escucharme?

De las montañas llegaba aquel viento helado, en un susurro increíble, que tenía aterrada a Claudine Pasteur. Estaba aterrada, sobrecogida como nunca en su vida, ante aquella grandiosidad impresionante que no parecía tener fin, ante aquel silencio perforado de viento helado.

—Shi Mi, tú no eres un monje, ni un lama… Eres un hombre para el mundo. Has estudiado, eres profesor en una universidad. Seas o no tibetano, eres un hombre nada más. Te están esperando, tienes que aceptar lo bueno y lo malo de allá abajo… Podremos volver aquí cada año, siempre que quieras, pero tienes que volver abajo, a seguir enseñando Ciencias Humanas… ¿No va a servir de nada a nadie lo que te enseñaron a ti? Esto no son palabras mías, son de tu Maestro, de Sensei. Shi Mi, eres sólo un hombre… O si lo prefieres, simplemente, un budoka. Pero nada más. Shi Mi, todos te estamos esperando abajo…

Silencio e inmovilidad absoluta por parte de Tang Lingmar. Claudine Pasteur llevó el caballo a la cabaña, regresó, y se sentó sobre la nieve, frente al tibetano. Él frío era sencillamente espantoso, y la muchacha solamente lo soportó veinte minutos… De pronto, cerró los ojos, y cayó hacia un lado.

Sólo entonces abrió los ojos Shi Mi. La prueba había terminado, prolongarla más habría sido crueldad.

Se puso en pie, alzó en sus brazos a Claudine, y fue hacia la cabaña.

Cuando, más tarde, Claudine Pasteur abrió los ojos, vio el alegre fuego ante ella, calentando su desnudo cuerpo, tendido sobre una piel de oso y cubierto con

otra idéntica. Afuera silbaba el frío viento, y la muchacha se estremeció, y se sentó bruscamente.

—¡Shi M…!

—Estoy aquí —se sentó Tang Lingmar junto a ella—. Y en efecto, soy sólo un hombre; simplemente, un budoka, también. Volveremos allá abajo cuando tú quieras.

Claudine miró alrededor, sonrió, y rodeó con sus brazos el cuello del tibetano.

—Bueno —murmuró, acercando su boca a la de él—. Tampoco he dicho que tengamos ninguna prisa, Shi Mi…

F I N





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España